

El Camino del Calvario



Roy Hession

CONTENIDO

Introducción

Prólogo

- 1. El Quebrantamiento**
- 2. Copas Rebosantes**
- 3. El Camino de la Comunión**
- 4. El Camino de la Santidad**
- 5. La Paloma y el Cordero**
- 6. Avivamiento en el Hogar**
- 7. La Paja y la Viga**
- 8. ¿Dispuesto a Ser un Siervo?**
- 9. El Poder de la Sangre del Cordero**

10. ¿Inocentes? La Decadencia Espiritual

11. Cuarenta Años Después

INTRODUCCIÓN

de Norman P. Grubb, Secretario honorario de la 'Cruzada Mundial', Londres, Inglaterra:

Tanto por lo que aprendí personalmente, como por lo que he visto en nuestra misión durante estos tres últimos años, lo que el autor nos dice en este libro es un mensaje vital de Dios para su Iglesia Universal. Por mucho tiempo yo había considerado el avivamiento como un derramamiento instantáneo, pero muy raro, aunque deseado, del Espíritu Santo sobre una gran multitud. Sin embargo, sentía que había algo que no entendía en cuanto al tema.

Estaba enterado de que en cierto campo misionero vivían un avivamiento continuo, y por ser así, y no algo repentino o pasajero, creía que tenían un secreto que yo necesitaba descubrir. Luego tuve la oportunidad de tener estrecha comunión con ellos, primero por medio de uno de nuestros propios misioneros cuya vida y ministerio habían sido transformados por una visita a aquel campo. Después por conversaciones con algunos misioneros, y finalmente por el privilegio que tuve de hospedar, durante seis meses en la sede de la misión, a dos de los nativos de ese lugar.

Vi y aprendí de ellos, que el avivamiento es en primer lugar, personal e inmediato. Es la experiencia continua de cualquier creyente que anda en la luz. Aprendí también, que, andando en la luz, tenemos el concepto claro de lo que es pecado, llamándolo por su nombre, pecado, de dureza, duda, miedo, autocompasión; en vez de debilidad de nuestra naturaleza caída, como comúnmente lo llamamos. Significa, estar dispuestos a confesar nuestros pecados a los pies de Jesús quien a su vez fue quebrantado por nosotros. Su sangre no limpia excusas, pero sí limpia el pecado cuando es confesado como tal. Así, 'avivamiento' es la experiencia diaria de tener el corazón lleno y rebosante del Espíritu Santo.

Además, estamos empezando a aprender como testigos de Cristo, que los ríos de vida para este mundo no fluyen en su plenitud por medio de una sola persona, sino por medio de un grupo o comunidad. Nuestro quebrantamiento y sinceridad tienen que ser no sólo para con Dios, sino también para con nuestros hermanos. Estamos comenzando a experimentar, que trabajar unidos en el Espíritu es una de las claves para el avivamiento, y que tenemos que aprender a practicar las leyes que gobiernan una comunidad viva.

No tengo más que decir, porque en este libro, Roy Hession y su esposa lo explican todo. Hemos visto a Dios obrando en medio nuestro. Podría nombrar por lo menos a doce de nuestros obreros, algunos de ellos líderes, en cuyas vidas ha habido una revolución espiritual. También, los riachuelos de bendición que algunos de nosotros hemos experimentado en nuestras vidas personales han formado un solo río. Dios nos ha dado como grupo la experiencia de Hechos 4:31: *"Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo. . ."*

Aquí, allá y en varias partes de nuestro frente de batalla, algunos distantes y otros cercanos, escuchamos el sonido de la abundante lluvia, y creemos que Dios está preparando a muchos entre su pueblo. Él está preparando nuevamente en estos postreros días "un nuevo trillo lleno de dientes", y lo que nos está diciendo por medio de este avivamiento y en el mensaje contenido en este libro, es su palabra para nuestros días, que puede ser usada para reanimar y vivificar vidas, comunidades e iglesias.

PRÓLOGO del Autor

Esta obra fue publicada por primera vez en 1950. Con el correr de los años, estoy seguro, ahora más que entonces, que las verdades expresadas a través de estas páginas están en el corazón de todos esos movimientos de avivamiento con que Dios restauró a su Iglesia dándole vida nueva en tiempos de aridez y necesidad. Dichos movimientos de avivamiento no son sólo gloriosos recuerdos del pasado, sino que están ocurriendo actualmente en varias partes del mundo. Es cierto que las formas externas de este avivamiento difieren considerablemente, pero el contenido interno y permanente es siempre el mismo, una nueva experiencia de convicción de pecado entre los santos; una nueva visión de la cruz de Jesús y de la redención; una nueva voluntad de parte del hombre hacia el quebrantamiento, el arrepentimiento, la confesión y la restitución; y una gozosa experiencia del poder de la sangre de Jesús para limpiar y sanar todas las secuelas del pecado.

Asimismo, un nuevo entrar en la plenitud del Espíritu Santo y de su poder, para hacer la obra a través de su gente; y abriéndose más perdidos para recibir a Cristo. Como quiera que esto es exactamente lo que ahora está sucediendo en diversas partes del mundo, estas páginas tienen un significado especial para el lector de hoy, y confío que puedan ser, con la bendición del Señor, el medio de ayudar a que muchos otros lleguen a la cruz y se presenten como candidatos para el avivamiento mediante la confesión del vacío y el fracaso, ya que el avivamiento no es un valle que se vuelve cada vez más verde, sino un valle lleno de huesos secos a los que se les dio nueva vida, y se levantaron en un ejército grande en extremo (Ezequiel 37). No significa que los "buenos creyentes" se hagan mejores – pues, según Dios nos ve, no hay ningún creyente bueno —. Lo que quiere ver es creyentes que honestamente reconozcan que su vida no es más que un 'valle lleno de huesos secos', y que, mediante tal confesión, se 'califican' para la gracia que fluye desde la cruz, haciéndolo todo nuevo.

Esta obra expresa las verdades presentes en la esencia del avivamiento porque es en sí misma el producto de éste. En 1930, Dios empezó a obrar de una manera nueva en la iglesia recién nacida en Ruanda, África Oriental. A pesar de ser recién nacida, ya llevaba las 'semillas' de la descomposición en su seno. Esta, sin embargo, era una descomposición que Dios empezaba a transformar en fruto glorioso para el avivamiento. En los años siguientes, la bendición de avivamiento se expandía, tocando a las iglesias en países vecinos como Uganda, Kenia y Tanzania. Una gran multitud de africanos y misioneros entre ellos, no sólo conocieron a Cristo como su Salvador personal, sino que empezaron a vivir una calidad de vida que raramente se había experimentado en las iglesias más evangélicas del 'oeste'. Ese avivamiento ha continuado en África Oriental hasta el momento; ya sea en uno u otro lugar, con todas las vicisitudes y batallas que se podrían esperar de un movimiento de vida.

Para 1947 yo ya había estado involucrado en el desarrollo de una obra evangélica en Gran Bretaña, y por varios años, pero me encontraba en un estado de gran necesidad espiritual. De alguna forma perdí consciencia de ese control del Espíritu Santo, que antes experimentaba, y sin embargo, tenía que seguir dirigiendo campañas evangelísticas —¡qué experiencia tan terrible! Me sentía como aquel hijo de los profetas de la escuela de Eliseo que perdió su hacha mientras estaba derribando un árbol, al que tal vez le dio unos cuantos golpes con el astil preguntándose ¡por qué no avanzaba en su tarea!

Ignorando lo que realmente sucedía, redoblé mis esfuerzos y me volví cada vez más tenso y enérgico, todo lo cual era un pobre sustituto del dulce y penetrante control del Espíritu. Es, por supuesto, sólo al mirar atrás, que puedo describir de esta forma mi situación, ya que en ese entonces ignoraba totalmente mi necesidad.

En abril de 1947, invité a varios misioneros de África Oriental como conferenciantes a un gran 'Encuentro de Pascua' que estaba organizando, porque oía decir que ellos llevaban varios años experimentando un avivamiento en sus campos de trabajo, y yo, como 'obrero' estaba interesado en el asunto.

Lo que ellos trajeron era totalmente diferente a tanto que yo asociaba con el concepto de 'avivamiento'... Era muy simple y muy sencillo. A medida que desarrollaban su mensaje y daban su testimonio, descubrí que yo era la persona más necesitada en todo ese 'encuentro', y que mi necesidad de 'avivamiento' era mucho más grande de lo que me había imaginado. Sin embargo, mi descubrimiento crecía lentamente. Yo era uno de los oradores, y estaba más preocupado por las necesidades de los demás que por las mías propias. Al ver a mi esposa y a otros que se humillaban ante Dios y experimentaban la limpieza con la sangre de Jesús, me encontré en cierta forma, aislado y árido a causa de mi 'altivez'. Estaba humillado por esa simplicidad del mensaje, o tal vez por la simplicidad de lo que tendría que hacer para ser 'candidato' de avivamiento y de plenitud del Espíritu.

Cuando al final de la conferencia otros testificaban de cómo Jesús los había quebrantado y llenado hasta rebosar sus corazones de su Espíritu, yo no tenía ningún testimonio parecido. Sólo pude experimentar lo mismo cuando, finalmente, dejé de encajar las cosas con mi propio diseño doctrinal, y cuando llegué humildemente a la cruz para ser limpiado de todos mis pecados. Fue como empezar mi vida cristiana de nuevo. Mi carne "se volvió como la de un niño", como le sucedió a Naamán cuando, por fin, se humilló y se sumergió en el Jordán. Desde entonces, este ha sido un nuevo capítulo de mi vida. Su significado ha sido el de morir constantemente a ese gran YO (Romanos 6), para que Jesús pueda serlo todo, mientras yo acudía a Él por la limpieza con su preciosa sangre.

Las cosas aprendidas se imprimieron y fueron publicadas, la mayoría en forma de artículos, las que más tarde se recopilaron en lo que ahora es este libro. En los años posteriores a su publicación, el libro se extendió en todo el mundo de habla inglesa, luego fue traducido a unos cuarenta idiomas. El más sorprendido de todos por estos desarrollos, fui yo mismo. Su amplia diseminación es simplemente la evidencia del hambre de los creyentes en el mundo entero, de una realidad, y un cristianismo que, sí, funcione.

Más aún, es una de las muchas evidencias de: *"Te levantarás y tendrás misericordia de Sion, porque es tiempo de tener misericordia de ella, porque el plazo ha llegado"* (Salmo 102:13), y, además, que el propósito de Dios - para reconstruir "los muros de Jerusalén" (Nehemías 2:13) – (en sentido espiritual) ya se está realizando.

No se debe pensar que esta obra represente una contribución exclusivamente mía. Las experiencias registradas en ella han sido vividas junto con otros que en varias partes del mundo han comenzado a transitar de nuevo por el camino de la cruz, de una manera diferente y nueva. Cualquiera de ellos podría haber escrito estos capítulos en la misma forma. Esta 'confraternidad' se halla en continuo desarrollo con más y más vidas siendo tocadas en todo el mundo, por los diversos equipos de trabajo y las numerosas 'cruzadas' que se han desplazado a varios países. Este hecho ha contribuido a darle fuerza y significado al contenido del libro. Uno se da cuenta, por supuesto, que la corriente de bendiciones de la que ha formado parte, es una de numerosas corrientes de Vida Nueva que emanan de la misma fuente: de "la cruz". Y no dejan de contribuir a las profundas necesidades de 'avivamiento' que tiene la Iglesia.

*"Saliendo de la montaña, el riachuelo crece,
Inundando el valle como un río;
Así, desde el monte de 'la cruz',
Fluye por siempre la Vida abundante."*

En el transcurso de los años, han surgido quienes dudan en torno al uso del término "avivamiento" para describir la clase de mensaje y experiencia expresados en este libro. Apuntan a lo que perciben como carencia, a saber, un despertar religioso espectacular que involucre grandes multitudes, y a la ausencia de numerosas conversiones. Estas son las cosas que, popularmente, se suelen asociar con el concepto de "avivamiento".

Por alguna razón, no estamos de acuerdo con esta objeción. Por el contrario, hemos insistido firmemente en las cosas que, aprendidas con el correr de los años, se hallan escritas en estos capítulos. Son la verdadera esencia del 'avivamiento' y pueden dar como resultado el más extenso 'avivamiento' de la Iglesia. Si se responde a los sencillos principios bíblicos, en forma amplia, aplicándolos correctamente, entonces se experimenta el 'quebrantamiento' ahí, a los pies de la cruz. No hay duda de que la humillación bajo la poderosa mano de Dios - en ese lugar donde los pecados son lavados -, ha significado 'avivamiento' de sus vidas en el más puro y simple sentido de la palabra.

Esto me lleva a decir una palabra acerca de la necesaria actitud de corazón que debe tener el lector. Si Dios te ha de bendecir, por poco que sea, a través de estas páginas, debes llegar a ellas con una profunda hambre de corazón. Debes estar totalmente insatisfecho por el estado de la Iglesia en general, y de ti mismo en particular. Debes estar listo a que Dios comience su obra en ti, antes que en los demás. Por otra parte, tienes que estar poseído de la santa expectativa de que Dios puede y quiere satisfacer tu necesidad. Y con mayor razón, si tienes un liderazgo cristiano.

El asunto de admitir tu necesidad y ser bendecido determinará el grado en que Dios pueda bendecir a la gente a quienes ministras. Sobre todo, tienes que darte cuenta de que debes ser el primero en humillarte a los pies de la cruz. Si hay necesidad de una nueva honestidad con respecto al pecado entre los tuyos, esta honestidad debe comenzar por ti mismo. Fue sólo cuando el rey de Nínive se levantó de su trono, se cubrió con cilicio y se sentó en cenizas como señal de arrepentimiento, que su pueblo se arrepintió. Sin embargo, no te sientas tentado a mirar a aquellos que son tus mayores, esperando que *ellos* tomen la iniciativa. Dios quiere empezar con cada uno de nosotros. Él quiere empezar contigo. ¡Qué Dios nos bendiga a todos!

ROY HESSION - Febrero de 1973.

1 EL QUEBRANTAMIENTO

Queremos ser muy sencillos al hablar de avivamiento. Avivamiento es, nada más y nada menos, la vida de nuestro Señor Jesús derramada en corazones humanos, quien es siempre victorioso, y por lo cual, en el cielo le están alabando sin cesar. Nosotros podemos vivir experiencias ya sea de fracaso o de aridez espiritual, pero Él nunca es derrotado, y su poder no tiene límites. Sólo necesitamos tener una buena relación con Él para ver su poder demostrado en nuestros corazones, en nuestras vidas, y en nuestro servicio. Así su vida victoriosa nos llenará, y se desbordará sobre nosotros. Esto es en esencia lo que quiere decir avivamiento.

Si queremos tener una buena relación con Jesús, lo primero a aprender es permitir que nos quebrante nuestra voluntad y la someta a la suya. ***El principio de avivamiento es el quebrantamiento.*** Es doloroso y humillante, pero es la única manera de obtenerlo. Es ser: "No YO, sino Cristo", Gálatas 2:20. El 'Yo' tiene que doblegarse ante Cristo, quien no puede vivir plenamente en nosotros y revelarse a sí mismo por medio nuestro, hasta que ese 'Yo' duro y soberbio, que se justifica, que quiere hacer siempre su propia voluntad, que reclama sus derechos y busca su propia gloria, baje al fin la cabeza ante la voluntad de Dios, admitiendo su error, rindiendo su voluntad a la de Él, entregando sus derechos y despojándose de su propia gloria, para que el Señor Jesucristo lo tenga todo y Él lo sea todo. En otras palabras, es el hecho de morir al Yo, a ese deseo de *poseerlo todo para sí mismo.*

Mirando con toda honestidad nuestras vidas cristianas, podemos ver cuánto hay de este Yo en cada uno de nosotros. Muchas veces es el Yo el que trata de vivir la 'vida cristiana'. El sólo hecho de usar el verbo "tratar", ya indica que el Yo es el responsable. Muchas veces también, es el Yo quien hace la 'obra' cristiana.

Es siempre el **yo** el que se irrita, el que es envidioso, se resiste, critica, se incomoda y se preocupa. Es el **yo** el que es duro y sin compasión hacia los demás. Es el **Yo**, el que es áspero,

egoísta y reservado. Entonces, no debe sorprendernos el hecho de que necesitemos ser quebrantados. Mientras el **yo**, tenga el control, Dios no podrá hacer mucho con nosotros, porque todo el fruto del Espíritu enumerado en Gálatas 5:22-23, del cual Dios desea llenarnos, es completamente opuesto a ese espíritu duro sin quebrantar.

El quebrantamiento es obra tanto de Dios como de nosotros. Él nos deja oír su voz, pero a la vez nos permite escoger. Si queremos tener comunión con el Altísimo, la primera condición es, estar dispuestos para que su luz nos alumbré, teniendo en verdad un espíritu abierto para dejarnos redargüir y convencer por el Espíritu Santo. Mientras buscamos la comunión con Dios, Él nos muestra la dureza de ese **yo** soberbio que tanto dolor le causa. Es entonces cuando debemos escoger entre el *endurecer* la cerviz, rehusando el arrepentimiento, o el *inclinarse* la cabeza y decir: *"Sí Señor"*. Dejarse quebrantar cada día no es más que la humilde respuesta a la continua denuncia de Dios. Su resultado es quebrantamiento continuo. Esto puede resultarnos muy costoso a medida que caigamos en la cuenta de *cuánto* tenemos que rendir de nuestros propios derechos e intereses, aparte de la confesión (es decir, honesta admisión) y la restitución de objetos apropiados injustamente, la que muchas veces es necesaria.

Por esta razón, no hay otra opción; ante la cruz de Jesús nos encontramos con quebranto, confesión y restitución. La buena voluntad que Él nos mostró en ser quebrantado por causa nuestra, es lo que nos debe motivar a nosotros. 'Quebrantados' le vemos al que . . . *"siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz"*, Filipenses 2:6-8.

Es Siervo de Dios y Siervo de los hombres. Le vemos en su renuncia de todos sus derechos; sin hogar, sin posesiones algunas. Sin devolver maldición por maldición, dispuesto a ser pisoteado por los hombres, sin defenderse. Pero sobre todo le vemos en su 'quebranto', dirigiéndose humildemente hacia el Calvario para ser la víctima sacrificial de los hombres, llevando nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero. En un pasaje conmovedor del Salmo 22:6, Él dice: *"Mas Yo soy gusano y no hombre..."* Los que han estado en tierras tropicales dicen que hay una gran diferencia entre el proceder del gusano y de la serpiente al ser atacados. La serpiente se endereza y trata de morder (un verdadero cuadro del **yo**), mientras que el gusano no ofrece ninguna resistencia, dejándose hacer lo que a uno se le antoje; ya sea dándole un puntapié o pisoteándolo, lo cual ofrece un verdadero cuadro de espíritu quebrantado. A todo esto estuvo dispuesto Jesús por amor de nosotros; a ser "gusano y no hombre". ¿Por qué lo hizo? Porque nos vio como 'gusanos' que habíamos perdido todo derecho por causa de nuestro pecado, mereciendo solamente el infierno. Ahora nos llama para tomar nuestro verdadero lugar, como gusanos delante de Él y para Él. Todo el Sermón del Monte con sus bellas enseñanzas de no vengarnos, de amar a nuestros enemigos y de dar sin esperar alguna recompensa, da a entender que esta debe ser nuestra actitud. Pero solo la visión de Aquel que es amor y estuvo listo para ser quebrantado por nosotros puede movernos a estar listos para hacer lo mismo. *Padre, doblégame mi soberbia y dureza, y ayúdame a inclinar mi cabeza, Y morir, mirando a Aquel que en el Calvario inclinó la suya por mí.*

Pero el morir al Yo, no es algo que hacemos una vez para siempre. Puede haber un comienzo para 'morir' cuando por primera vez Dios nos muestre algunas cosas, pero de ahí en adelante esta experiencia deberá ser constante. Sólo así podrá el Señor ser manifestado continuamente en nosotros, 2ª Corintios 4:10. Siempre tendremos la libertad de escoger entre mil cosas y maneras, pero, en cuanto al morir al Yo, ningún plan, tiempo, dinero o placer nos pertenece. Significa también una permanente entrega de nuestro ser a los que nos rodean. Nuestra entrega a Dios se mide por nuestra entrega a los demás. Cada persona que trata de vejarnos y humillarnos es el instrumento que Dios usa para quebrantarnos con el fin de que haya un canal más hondo para el 'agua de vida' de Cristo.

La única vida que agrada a Dios y que puede ser victoriosa es la de Cristo, no la nuestra, de ninguna manera; no importa cuánto nos esforcemos para agradarle. Mientras nuestra vida

esté centrada en el Yo - lo cual es totalmente opuesto a Él -, nunca habrá reflejo de su vida en nosotros. *"El Padre busca a los que le adoren en espíritu y en verdad"* (Juan 4). Y los encuentra junto a la cruz de Cristo, los que están dispuestos a hacer siempre su voluntad.

2 COPAS REBOSANTES

El quebrantamiento es solamente el comienzo de un avivamiento. Avivamiento es una plenitud rebosante del Espíritu Santo, cuyo resultado es vida victoriosa. Si en este mismo momento nos preguntaran si estamos llenos del Espíritu Santo, ¿cuántos podríamos contestar "sí"? Si hay avivamiento podremos contestar "sí" en cualquier momento del día. No es presunción decirlo, porque ser lleno hasta rebosar es total y completamente la obra de Dios hecha por gracia. Lo único necesario es presentarle nuestro ser vacío para que Él lo llene y lo conserve así.

Andrés Murray dijo: *"Como el agua siempre busca llenar los lugares bajos, así también cuando Dios le halle humillado y vacío le inundará con su gloria y poder"*.

Un cuadro que ha servido de modelo para tantos de nosotros es el del corazón humano como una copa que ofrecemos a Jesús deseando que la llene con el 'agua de vida'. A medida que va pasando, mira nuestra copa; si está limpia, la llena hasta rebosar. Como Él constantemente está pasando, la copa puede permanecer rebosante. Esto fue lo que David dijo en el Salmo 23:5: *"Mi copa está rebosando"*. Esto es 'avivamiento', usted y yo, llenos hasta rebosar con bendición, no sólo para nosotros mismos sino para otros, disfrutando de una constante paz. Algunos creen que el morir a sí mismo es hacerse miserable; pero es todo lo contrario. Es el rehusar morir a sí mismo lo que hace a uno miserable. Mientras más conocemos de este 'morir'-juntamente-con-Él, más experimentamos de su Vida, y de la paz y el gozo verdaderos. También, la vida de Cristo - rebosando en nosotros -, fluirá hacia las almas perdidas en un ardiente deseo de que sean salvas, y hacia nuestros hermanos en Cristo para bendición.

BAJO LA SANGRE

Sólo una cosa impide que Jesús llene nuestras copas, y es el pecado en cualquiera de sus múltiples formas. El Señor Jesús no llenará copas sucias. Todo lo que nace del Yo, por muy pequeño que nos parezca es pecado. Trabajar en el poder del Yo, o jactarse de su trabajo es pecado. La autocompasión en las pruebas y dificultades, buscar el beneficio propio en los negocios o en la obra del Señor, autoindulgencia, concupiscencia, susceptibilidad, impaciencia, delicadeza, resentimiento por ofensas o injurias, preocuparse mucho de sí mismo, timidez, angustia, miedo; todo esto proviene del Yo, y es pecado que 'ensucia' nuestras copas.

Algunos quizá no estén de acuerdo en llamar pecado a la susceptibilidad, delicadeza, miedo o timidez. "Llámense enfermedades, debilidades, flaquezas temperamentales", dicen algunos, "pero no 'pecado', puesto que al hacerlo nos ponemos en servidumbre". Pero no es la verdad, porque si dichas cosas no son pecado, entonces tendríamos que soportarlas toda la vida sin esperanza de liberación.

Pero al entender que estas y otras cosas semejantes son pecado, entonces, sí, hay una fuente de limpieza, y podemos experimentar libertad, si al momento en que caemos en la cuenta, pedimos limpieza del pecado por medio de la sangre preciosa de Cristo. Son pecados que nacen de la incredulidad y han estorbado una y otra vez la obra del Espíritu Santo en nosotros.

Todos nuestros pecados fueron puestos en la copa que por unos momentos nuestro Señor Jesucristo quiso evitar en el Getsemaní cuando exclamó: *"Padre, si quieres, pase de mí esta copa"*, pero de la cual bebió hasta el fondo. Era la copa de nuestro pecado. Por ese acto fuimos librados de la pena del pecado, aunque (todavía) no de la naturaleza del pecado. Si permitimos que Él nos muestre lo que hay en nuestras copas, y se las entregamos, las limpiará con su sangre preciosa.

Como hijos de Dios, podemos aprovechar día tras día esta sangre. Por ejemplo, supongamos que usted ha dejado al Señor Jesús que limpie su copa, y ha confiado en Él para llenarla hasta rebosar; luego algo sucede — envidia, enojo, etc. — ¿Qué pasa? Su copa se ensucia de nuevo y deja de rebosar. Si constantemente somos derrotados de esta manera, nuestra copa nunca estará rebosando.

Para experimentar un avivamiento continuo, tenemos que aprender a mantener nuestras copas limpias. No es la voluntad de Dios que un avivamiento cese y sea conocido en la historia como "el avivamiento del año tal". Solo hay una razón para que tal cosa suceda, y es el pecado. Hay pecados, aparentemente pequeños, que el diablo deja caer en nuestras copas. Pero si volvemos al Calvario y creemos de nuevo en el poder de la sangre de Jesús para limpiarnos, momento tras momento, confesando el pecado y creyendo que por esa sangre hemos sido limpiados, entonces estamos aprendiendo el secreto para tener copas constantemente limpias y rebosantes. En el momento que usted sienta envidia, crítica, irritabilidad o cualquier otro pecado, confíeselo al Señor y dígame que cree que con su sangre preciosa aquello ha sido limpiado y borrado. Su reacción cambiará, el gozo y la paz le serán restaurados y su copa rebosará. Mientras más confíe usted en la sangre de Jesús, menos serán las ocasiones de pecar. Pero es solo al ser quebrantados, confesando delante de Dios cada pecado, que podemos recibir limpieza.

Supongamos que ciertas cosas de algunas personas, a veces tonterías, nos irritan; no es suficiente llevar nuestra irritación al Calvario. Primeramente, debemos ser quebrantados y confesarla a Dios, aceptando a esa persona que nos irrita, como la voluntad de Él para nosotros. Debemos hacerlo, sabiendo que la sangre de Jesús nos limpia del pecado. Y cuando hayamos sido limpiados, no sigamos gimiendo sobre el asunto, ni confiando en nosotros mismos, sino miremos a nuestro victorioso Señor y alabémosle porque sigue victorioso. La Palabra de Dios nos da una guía que es muy sencilla, pero a la vez inclusiva por la cual podemos regular nuestro andar con Jesús. También nos muestra cuándo hemos pecado. Se encuentra en Colosenses 3:15: *"Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones..."*

Todo lo que perturbe la paz de Dios en nuestros corazones es pecado, aunque parezca algo muy insignificante, o no parezca pecado. Esa paz debe "gobernar" nuestros corazones; o más específicamente, debe ser el árbitro. Cuando el árbitro pita en el fútbol, el juego para; se ha cometido una falta. ¡El perder nuestra paz, es señal del árbitro de Dios en nuestro corazón; ha pitado! Paremos inmediatamente, pidiendo que nos muestre la falta para que la pongamos por fe 'bajo la sangre' de Jesús. Así la paz será restaurada, para que sigamos nuestro camino con copas 'rebosantes'. Si Dios no nos da su paz, es porque no hemos sido 'quebrantados'.

Quizá tengamos que confesar y pedir perdón a alguien y no solamente a Dios. O quizá creemos que la culpa es de la otra persona y no nuestra. Pero si hemos perdido nuestra paz, es obvio que somos culpables, pues no la perdemos por el pecado ajeno, sino solamente por el nuestro. Dios desea mostrarnos nuestros pecados, y solamente cuando estemos preparados para ser limpiados de ellos, experimentaremos su paz. ¡Oh, cuán sencillo, pero también cuán escudriñador es esto! Ser gobernados por la paz de Dios es ser gobernados por el Espíritu Santo mismo. Caminos egoístas que antes no nos causaban dolor, ahora son descubiertos y no podemos continuar en ellos sin que el Árbitro nos pite. Murmuraciones, autoritarismo, descuidos, y hasta las cosas más pequeñas, todas son reveladas como pecado cuando deseamos que cada día de nuestra vida sea gobernado por la paz de Dios. Muchas veces al día, y en relación con las cosas más pequeñas, tendremos que confesar, creyendo que la sangre de Jesús nos limpia, y hallaremos que estamos andando en el camino del quebrantamiento como nunca antes. De esa manera Jesús será manifestado en toda su belleza y gracia.

Muchos de nosotros no hemos atendido al frecuente pito del Árbitro por largo tiempo, llegando a ser endurecidos hasta el punto de que ya no lo oímos. Un día sigue al otro, y no sentimos la necesidad de ser limpiados ni quebrantados. En tal condición llegamos a ser peores de lo que hemos imaginado. Será necesario que se apodere de nuestros corazones un

hambre apremiante de renovar la comunión con Dios, para pedirle que nos muestre el pecado que debemos confesar. Puede ser que al comienzo Él nos muestre una sola cosa. El primer peldaño, para un avivamiento en nosotros, será nuestro quebrantamiento y obediencia para la confesión de tal cosa. Así, una vez más, podremos dar gracias por la sangre preciosa de Jesús, derramada para limpiarnos de todo pecado.

3 EL CAMINO DE LA COMUNIÓN

Cuando el hombre cayó en pecado y escogió hacer de sí mismo el centro de su vida en lugar de Dios, el resultado fue la pérdida de comunión no sólo con su Hacedor, sino también con sus semejantes. La historia de la primera discordia entre el hombre y Dios, narrada en Génesis 3, es seguida estrechamente por el primer 'disgusto' con un 'prójimo', cuando Caín asesinó a Abel (Génesis 4). La 'caída del hombre' quiere decir sencillamente que "...cada cual se aparta por su camino...", Isaías 53:6. Si quiero hacer mi propia voluntad en lugar de la de Dios, es obvio que también desearé hacer mi voluntad en lugar de la de otros. Nadie se independiza de Dios para (conscientemente) rendirse a otro. Un mundo en el que cada uno desea ser autónomo, para hacer su propia voluntad, no puede ser menos que un mundo lleno de tensiones, barreras, tropiezos, sospechas, malas interpretaciones, disgustos y conflictos.

La obra de nuestro Señor Jesucristo en la cruz se efectuó no sólo para poner al hombre en comunión con Dios, sino también con su prójimo. Es imposible que la primera no sea seguida de la segunda. Así como los rayos de una rueda se acercan, el uno al otro - al juntarse con el eje -, así cuanto más cerca estemos de nuestro 'Eje', tanto más real la comunión experimentada de unos con otros. Lo contrario probará que no tenemos comunión con Dios. La primera epístola de Juan - 2:9, 3:14-15 y 4:20 - insiste en probar la profundidad y realidad de nuestra comunión con Dios, por la profundidad y realidad de la comunión con nuestro hermano. El avivamiento proyecta una nueva luz sobre estos pasajes. Algunos de nosotros hemos llegado a ver cuan relacionados están el trato con el prójimo y la relación con Dios.

Todo lo que constituya una barrera entre nosotros y nuestro prójimo, por insignificante que parezca, viene a ser una barrera entre nosotros y Dios. Si no es derribada dicha barrera inmediatamente, se fortalecerá, llegando a ser un verdadero muro entre nosotros y Dios, y por consiguiente entre nosotros y nuestro hermano. Nuestra nueva vida tendrá que manifestarse por una vida de perfecta comunión entre nosotros y Dios, y entre nosotros y nuestro hermano.

LUZ Y TINIEBLAS

¿Cómo podemos tener perfecta comunión con Dios y también con nuestro hermano?

Juan en su primera carta, capítulo 1:7, nos da la clave:

"...si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado".

La luz revela las cosas, mientras que las tinieblas las esconden. Cualquier cosa que nos reprenda y nos haga ver la verdad acerca de nosotros es luz..., porque

"la luz es lo que manifiesta todo", Efesios 5:13.

Cualquier cosa que hagamos, digamos, o callemos, con el fin de esconder lo que somos o hacemos, es tinieblas. La primera reacción que produce el pecado en nosotros, es el deseo de ocultarlo para que los demás no sepan lo que verdaderamente somos. El pecado hizo que nuestros primeros padres se escondieran entre los árboles del huerto, y desde entonces se ha venido haciendo lo mismo. El pecado hace que pretendemos ser lo que no somos. Hace que nos *autojustificamos*, y que culpamos a otros. Nos hace personas de "doble ánimo", hablando cuando debemos callar, y callando cuando debemos hablar, y a sabiendas de que es el **yo** el que está actuando en nosotros. Según 1ª de Juan, eso es andar en tinieblas. Quien anda en tinieblas está ensimismado, centrado en su propio **yo**.

En contraste con todo lo que hemos visto de lo que hay en nosotros, el versículo 5 de este mismo capítulo dice que Dios es luz, lo cual indica que Él es quien revela todo lo que hay en el hombre y le hace ver a sí mismo tal como en realidad es. Sigue diciendo:

“y no hay ningunas tinieblas en Él”.

Quiere decir que la Luz de Dios no tiene NADA en común, ni aun con la más ‘insignificante’ sombra que Él vea en mí, ni con ese deseo mío de encubrirlo a mi manera.

Sobra decir, que es totalmente insólito creer que andando "un poco" en tinieblas, podamos tener comunión con Dios, o con nuestro hermano. Mientras estemos andando en ese supuesto "poco" de tinieblas, no podemos ser plenamente francos con ninguno de ellos; pues nadie puede tener perfecta comunión con alguien que aparenta ser lo que no es. En tal situación, siempre habrá una pared que separa al uno del otro.

EL ÚNICO PRINCIPIO DE COMUNIÓN

El único principio para tener verdadera comunión con Dios y con los demás, es vivir en completa transparencia con ambos: **“...Si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros...”**, 1ª Juan 1:7. Andar en luz es lo contrario de andar en tinieblas. El predicador Carlos Spurgeon lo define en una de sus prédicas como la *"buena voluntad de conocer y ser conocido"*. Con relación a Dios, esto quiere decir estar dispuestos a que nos revele toda la verdad acerca de nosotros, para ser convencidos de pecado y doblegarnos ante la primera punzada de nuestra conciencia. Todo lo que Él nos muestre como pecado debe ser tratado como tal, sin tratar de esconder ni excusar nada. Andar en luz de esa manera hará que todo pecado sea descubierto en nuestras vidas. De ese modo llegamos a ver como pecado cosas que antes veíamos como debilidades. Por esto, muchas veces, queremos evadir este camino, pensando escaparnos de Él. Pero el texto citado continúa:

“...y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”.

Debemos confesar todo lo que la luz de Dios nos descubra como pecado en nuestras vidas y llevarlo a esa fuente de sangre para que nos limpie. De esta manera desaparecerá de nuestros corazones y de la vista de Dios. Por el poder de la sangre preciosa llegamos a ser más limpios que la nieve, permaneciendo continuamente en la luz, y teniendo comunión con Dios.

Esta comunión prometida, no es solamente con Dios, sino también "entre nosotros"; lo cual implica el andar en luz con nuestro hermano, pues no es posible andar en luz con Dios y andar en tinieblas con aquel. Eso quiere decir estar dispuestos a oír – y aceptar - la verdad acerca de nosotros, salga de labios humanos o de Dios. También implica el estar preparados, tanto para que nuestro hermano nos muestre lo que es tinieblas, como para mostrárselo a él, es decir, hablando entre nosotros en amor, e indicando, en ambas vidas, cualquier cosa que sea indigna del Señor.

Debemos estar dispuestos, no solamente para conocernos a nosotros mismos, sino para ser conocidos de los demás tal como somos. Es decir, que no vamos a esconder nuestro yo interior de aquellos con quienes debemos tener comunión, y a tratar de cubrirnos con meras apariencias externas, ni a emblanquecernos o excusarnos. Vamos a ser honestos acerca de nosotros mismos, haciendo a un lado nuestra aparente espiritualidad, dejando el orgullo y arriesgando nuestra reputación con tal de ser abiertos y transparentes con los hermanos en Cristo. Tampoco debemos guardar ningún mal pensamiento en nuestro corazón en contra de ellos, sino que, primeramente, pedimos que Dios nos libre de ello, y luego arreglamos el asunto con el ofendido. Al obrar así, hallaremos que tenemos verdadera comunión el uno con el otro y nos amaremos más.

NINGUNA SERVIDUMBRE

Andar en luz es sencillamente andar con Jesús sin sentir que en ello haya una servidumbre opresiva. No hay necesidad de ir contando todos nuestros secretos a los demás. Lo que importa no es tanto *el hecho*, sino *nuestra actitud* permanente de andar en la luz. ¿Estamos dispuestos de abrirnos a nuestro hermano, y a hablarle cuando Dios nos lo indique? Revestir la ‘armadura de luz’ es estar completamente diáfanos. Muchas veces puede ser humillante, pero

nos ayudará a tener una nueva perspectiva de Cristo, y un nuevo conocimiento de nosotros mismos. Estamos tan acostumbrados al hecho de que Dios conoce el todo de nosotros, que llegamos a tener una autoimagen falsa, acabando por no reconocer nuestro verdadero estado. Haga una confesión totalmente honesta, en cuanto a sí mismo, con esa persona que Dios le indique, y llegará a tener un conocimiento de su propia vida y de sus pecados como nunca antes. Entonces comenzará a ver más claramente dónde la obra redentora de Cristo tiene su aplicación progresiva en su vida. Es por esta razón que Jacobo 5:16 nos enseña a someternos a la disciplina de: *“Confesaos vuestras ofensas unos a otros...”*

El propósito de ‘andar en luz’, citado en 1ª Juan 1:7, es, el de tener ‘comunión’ los unos con los otros. El amor fluirá mutuamente cuando cada uno esté preparado para ser conocido como pecador arrepentido a los pies de Jesús. Al ser derribadas las barreras y quitadas las máscaras, Dios tendrá la oportunidad de hacernos uno-en-Cristo, y gozaremos en la seguridad de esa comunión. Ya no tendremos temor de que otros estén pensando mal de nosotros. En un grupo comprometido a andar en luz, al pie de la cruz, sabemos que, si llegaran a surgir malos entendidos entre unos y otros por falta de amor, éstos serían sacados a la luz y confesados en un espíritu de contrición y amor, para volver a conocernos como somos en realidad.

Sin embargo, no debemos olvidar que nuestro compromiso de ‘andar en luz’ ha de ser en primer lugar con el Señor Jesús. Es primero con Él, con quien tenemos que arreglar todas las cosas. Son en primer lugar, *su* limpieza y *su* victoria que debemos apropiarnos. Entonces, cuando Dios nos guíe para abrir nuestro corazón a otros, llegaremos a ellos, más con *testimonio* que con *confesión* (a menos que ésta sea necesaria). Resultará una alabanza a Dios en conjunto.

AVIVAMIENTO

Jesús desea que usted comience desde hoy a andar en luz con Él de una manera nueva. Por lo tanto, quítese la máscara, y únase a alguien, ya sea amigo íntimo, esposa, esposo, o quien sea. Si Dios le ha mostrado un pecado, confíéselo a Él dándole gracias por su perdón y limpieza, pero también confíéselo a la persona ofendida y pídale perdón. De esa manera usted comenzará a formar un equipo para generar un avivamiento entre los que le rodean. Al ser quebrantados otros a los pies de Cristo, se añadirán a su grupo de la manera que Dios les guíe. Congréguese para tener comunión, para compartir sus experiencias espirituales con verdadero espíritu de humildad, para orar juntos en armonía y para ir, luego, en equipo, a compartir un nuevo testimonio. De esta manera Dios comenzará a trabajar salvando y bendiciendo a otros poderosamente, quienes a su vez harán lo mismo. Así como una rueda mueve a otra, un grupo comenzará otro, hasta que por todo el país se reciba la nueva vida que proviene del Señor Jesús resucitado.

4 EL CAMINO DE LA SANTIDAD

Una de las cosas que tenemos que aprender, si queremos vivir la vida cristiana victoriosa, es su absoluta y completa sencillez. ¡Cuán complicada la hemos hecho! Grandes tomos han sido escritos y se ha usado toda clase de frases técnicas para decirnos que el secreto está en esto o lo otro, etc. Para la mayoría de nosotros todo esto es tan complicado, que, aunque conozcamos su teoría, somos incapaces de relacionarla con nuestra vida práctica cotidiana. Con que, para hacer aún más claras las sencillas verdades que hemos estado considerando, deseo ilustrarlas en este capítulo en forma de cuadros.

EL CAMINO REAL

Un cuadro perfecto de la vida victoriosa ha llegado hasta nosotros por medio del Camino Real de Isaías 35:8: *“Y habrá allí calzada y camino, y será llamado Camino de Santidad”*. El cuadro es de un Camino Real elevándose por encima de la ciénaga que lo rodea: el mundo. Aunque el camino sea estrecho y penoso, no quiere decir que ninguno sea capaz de andar en él, porque

habrá Quien le acompañe, de tal manera que el que anduviere por este camino, por torpe que sea, no se extraviará. Aunque hay mucho peligro si nos desviamos, no obstante, hay seguridad, porque no habrá allí león, ni fiera subirá por él. Y de seres humanos, solo hay una clase de personas prohibida en el Camino Real; pues dice: *“No pasará inmundo por él”*.

Esto incluye no sólo al pecador que no conoce a Cristo como su Salvador, sino también al creyente que, aunque le conoce, sigue andando en pecados no confesados, ni limpiados. La única vía que conduce a ese Camino es por un lúgubre y tenebroso monte: el Monte Calvario, al cual sólo se puede ascender de rodillas. Si estamos contentos con nuestra actual vida cristiana, y no deseamos con ansiedad andar por ese Camino Real, jamás nos sentiremos impulsados a arrodillarnos para subir la cuesta. Pero si estamos descontentos, si tenemos hambre, allí ascenderemos. Pero, ¡no te precipites, ve con calma! Deja que Dios te dé hambre verdadera por ese Camino Real; permite que Él te impulse a arrodillarte para orar con determinación y anhelo. ¡Los meros espectadores no llegarán muy lejos! Pero *“Me buscaréis y Me hallaréis, porque Me buscaréis de todo vuestro corazón”*, Jeremías 29:13.

UNA PUERTA BAJA

En la cima del monte, guardando la entrada al Camino Real, se levanta ceñuda, desairada y áspera . . . ‘la cruz’. Allí permanece la divisora de los tiempos y de la humanidad. Junto a ella hay una puerta baja, tan baja que para pasar es necesario agacharse y arrastrarse. Es la única entrada. Si queremos seguir, tenemos que pasar por ella. Su nombre es: *“Puerta de los Humillados”*, por cuanto sólo estos pueden pasar. Ser quebrantado de corazón significa: **‘No Yo, sino Cristo’**. En cada uno de nosotros hay un tieso y orgulloso Yo, que comenzó en el Huerto del Edén cuando Adán y Eva - habiendo inclinado siempre la cabeza sumisamente a la voluntad de Dios -, de repente se irguieron proclamando su independencia tratando de ser “como dioses”.

A través de la Biblia, Dios culpa a su pueblo de esa misma dureza de cerviz que también se manifiesta en nosotros. Somos duros e inflexibles, fáciles de ofender, quedamos mosqueados, somos irascibles, envidiosos, criticones, resentidos, reservados y severos. Luchamos con nuestras propias fuerzas e intentamos llevar a cabo lo que deberíamos dejar a Dios, para que Él lo haga. Indulgentes con nosotros mismos, a menudo ¡nos dejamos llevar a lo corrompido!

Todo esto y mucho más emana del soberbio Yo que mora en nosotros. Si éste no estuviera ahí, y Cristo tomara su lugar, no cometeríamos tales pecados. Antes que podamos entrar en el Camino Real, Dios necesita doblar y quebrantar ese soberbio Yo, para que Cristo reine en su lugar. El ser quebrantado significa no tener ningún derecho, ni delante de Dios, ni delante de hombres. Esto no implica la entrega de mis derechos a Él, sino, más bien, reconocer que *no tengo* derecho alguno, que por el contrario merezco el infierno. Esto significa, no ser nada ni tener nada que pueda llamar mío. Ni tiempo, ni dinero, ni posesiones, ni posiciones, etc.

Con el fin de que nuestra voluntad sea quebrantada y sujeta a la de Él, Dios nos lleva al pie de la cruz donde nos muestra lo que realmente es el verdadero quebrantamiento. Vemos sus manos y pies horadados, su rostro amoroso coronado de espinas, y su total quebrantamiento al decir: *“No mi voluntad, sino la tuya”*, mientras bebía hasta el fondo la amarga copa de nuestro pecado. Al mirarlo, sólo podemos ser quebrantados, convencidos de que fue nuestro pecado que le clavó allí. Luego, al ver el amor y el quebrantamiento de Aquel que murió en nuestro lugar, nuestros corazones serán extraordinariamente tocados y conmovidos. A la vez desharemos ser quebrantados por amor a Él, y oraremos así:

“¡Sálvame de mi mismo, amado Señor!

¡Qué desaparezca en ti!

¡Qué ya no sea YO,

Sino Cristo quien viva en mí!”

Algunos de nosotros hemos encontrado que no hay otra oración que Dios esté tan solícito de contestar como aquel ruego en que le pedimos que nos humille hasta lo sumo.

ELECCIÓN CONTINUA

Pero no nos imaginemos que vayamos a ser quebrantados sólo al estar pasando por esa puerta. Aún después tendremos que elegir constantemente. Es verdad que Dios quiere que hagamos su voluntad, pero nosotros decidimos si la hacemos o no. Tenemos que elegir. Si alguno nos ofende y desprecia, podemos escoger entre aceptar inmediatamente el desprecio como medio de gracia, del que Dios se vale para humillarnos más, o rechazarlo orgullosamente, con todos los trastornos espirituales que dicha actitud nos apareja. Nuestro quebrantamiento será puesto a prueba durante todo el día, y es inútil pretender que ya hemos sido quebrantados ante Dios si nuestra actitud hacia los demás muestra todo lo contrario. Dios nos prueba casi siempre por medio de otras personas. Para el creyente no hay causas o motivos fortuitos. La voluntad de Dios se da a conocer por medio de su providencia, y muy a menudo ésta se manifiesta por medio de las muchas exigencias y demandas que otros nos imponen. Pero si su 'Yo' se levanta en actitud de dureza, tiene que ir nuevamente al Calvario y ver a Cristo quebrantado por usted, y así estará dispuesto para ser quebrantado por Él.

La preciosa sangre del Señor Jesús fue rociada sobre la puerta de 'los humillados', y mientras nos inclinamos y nos arrastramos para pasar, esa sangre esparcida nos limpia de todo pecado. No solamente tenemos que doblar nuestra cerviz para entrar, sino que sólo los que han sido limpiados pueden andar por el Camino Real. Tal vez usted nunca ha conocido a Jesús como su Salvador, o quizá le ha conocido por años, pero, en ambos casos, ha sido contaminado por el pecado. Pecados de orgullo, envidia, resentimiento, impureza; y ¿para qué alargar la lista? Usted los conoce de sobra. Si los entrega todos al que los llevó ya en la cruz, Él repetirá en su oído lo que dijo en la cruz: *"¡Consumado es!"*, y su corazón quedará más blanco que la nieve.

EL DON DE SU PLENITUD

Al llegar al Camino Real vemos que se extiende delante de nosotros cual senda angosta, bañada de luz, que conduce cuesta arriba hasta la Jerusalén Celestial. Una densa oscuridad envuelve ambos lados del terraplén a medida que éstos descienden. En realidad, la oscuridad se desliza avanzando hasta los bordes del Camino Real. Sin embargo, en éste, todo es claridad. Detrás de nosotros está la cruz, ya no tenebrosa y repulsiva, sino resplandeciente y radiante, y ya no vemos a Jesús con los brazos extendidos en ella, sino andando en el Camino con una vida exuberante de resurrección.

Lleva en sus manos un 'cántaro' con 'agua de vida', y, dirigiéndose hacia nosotros nos pide que le mostremos nuestros corazones, y le presentamos 'copas vacías'. Al pasar, nos mira bien adentro. Es un escrutinio bastante doloroso, pero al ver que hemos permitido que su sangre nos limpie, nos llena con el 'agua de vida'. Luego proseguimos nuestra carrera regocijándonos, loando a Dios, y rebosando de su nueva vida. Esto es 'avivamiento', usted y yo llenos del Espíritu Santo, amando siempre a otros, y preocupándonos por su salvación. No necesitamos luchar, ni esperar avivamiento. Sencillamente le confesamos cada pecado para que Él nos limpie con su sangre. Así aceptamos de sus manos el puro y gratuito don de su plenitud, permitiéndole que obre en nosotros. Caminando con Él, nuestras copas rebosan continuamente, ya que siempre las está llenando.

Nuestra vida cristiana consiste simplemente en un andar por el Camino Real con corazones rebosantes, sometiendo todo el tiempo nuestra voluntad a la de Dios, confiando constantemente en la sangre de Cristo para ser limpiados y vivir en unión perfecta con Él. No hay nada espectacular acerca de esta vida, ni ningunas experiencias emocionantes que anhelar y esperar. Es un sencillo vivir día tras día la vida que Dios quiere que vivamos. Es la verdadera santidad.

FUERA DEL CAMINO REAL

Por experiencia propia sabemos que a veces es posible desviarnos del Camino Real, ya que es angosto. Un pequeño traspíe y nos salimos, y, naturalmente, ahí entramos en la oscuridad. Esto sucede siempre por falta de obediencia en algún punto, o por no habernos sentido lo

suficientemente débil para dejárselo todo a Dios. Satanás siempre está a un lado del Camino, llamando nuestra atención. Él no tiene derecho a tocarnos, pero podemos ceder a su voz por un acto voluntario. Este es el principio del pecado y de nuestro alejamiento de Dios. En ocasiones nos encontramos desdeñando a los demás y hasta al mismo Dios. A veces los celos o el resentimiento nos invaden. Cuando eso sucede, en el mismo instante nos salimos del Camino Real, porque nada inmundo puede transitar por él. Nuestra copa se ha manchado y ha dejado de rebosar, perdiendo como resultado la paz de Dios. Si no regresamos inmediatamente nos desviaremos aún más.

Debemos regresar, pero ¿cómo? En primer lugar, tenemos que pedirle a Dios que nos indique. Por complicados que seamos nosotros, Él es fiel y nos lo hace ver. Tal vez alguien me hizo enojar. Dios quiere que vea que lo importante no es lo que dijo o hizo esta persona, sino *mi reacción* hacia ella. Si yo hubiera estado quebrantado, no me habría enojado, pero al mirar con ansiedad hacia el Camino Real, veo nuevamente al Señor Jesús y comprendo cuan sucia ha sido mi irritabilidad de la cual Él se había encargado en Calvario. De rodillas vuelvo al Camino, una vez más me acerco, y su sangre me limpia. A la vez, Él está esperándome para llenar y hacer rebosar mi copa de nuevo. ¡Aleluya! No importa dónde uno se aparte del Camino, lo cierto es que siempre le hallará allí el Señor, invitándole a regresar para ser quebrantado. De nuevo su sangre limpiará y purificará. El gran secreto de un andar seguro en el Camino Real, consiste en *ver* el pecado tal como es y *confesarlo*, con la seguridad de que la sangre de Cristo lo limpia.

Al transitar por el Camino, preguntemos siempre: ¿Está rebosando mi copa? ¿Tengo la paz de Dios en mi corazón? ¿Amo a los demás y me preocupo por ellos? Estas cosas son el 'barómetro' en el Camino Real. Cuando éste deja de funcionar es porque el pecado ha penetrado en algún punto. Puede ser la autocompasión, el amor propio, la indulgencia, la sensibilidad, la susceptibilidad, el resentimiento, la defensa propia, la timidez, la reserva, la ansiedad, el miedo, etc.

NUESTRO ANDAR CON OTROS

Algo importante que no hemos mencionado, es que no andamos solos en el Camino Real, sino que junto con nosotros van otros peregrinos, y por supuesto el mismo Señor. Un requisito para permanecer en el Camino, es que la comunión con los demás sea tan importante como la comunión con Jesús. En realidad, éstas van tan estrechamente relacionadas que es imposible perturbar la una sin perturbar la otra. Todo lo que nos suceda con los demás, tal como la impaciencia, el resentimiento o la envidia, interfiere con la viva comunión entre Dios y nosotros. Estas barreras, en un momento dado, no son sino cortinas a través de las cuales podemos mirar todavía hasta cierto punto. Pero si no las quitamos pronto, se convertirán en paredes, y por último quedamos separados de Dios y de nuestros hermanos en completa y solitaria reclusión. El porqué de la estrecha unión entre estas dos relaciones está claro. Dios es amor, es decir, Él ama a los demás, y en el momento en que a nosotros nos falta amor para alguien, nos aislamos de Dios, porque Dios, sí, le ama también a él o ella, aunque nosotros no le amemos.

Además, el resultado de tales pecados es siempre el de hacernos andar en tinieblas: *"el que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas..."* Anda en tinieblas y no sabe a dónde va, porque ha sido cegado (1ª Juan 2:9-11). El 'andar en tinieblas' oculta y encubre nuestro verdadero carácter o lo que en realidad sentimos. Este es siempre el significado de "tinieblas" en las Escrituras, porque la luz lo revela todo. El primer efecto que el pecado produce siempre es el deseo de escondernos; con el resultado de que fingimos y nos enmascaramos, dejando de ser veraces con Dios y con los demás. Y claro, ni Dios ni ellos pueden tener comunión con alguien que no es sincero y veraz.

El volver a la comunión con el Señor nos llevará también a la comunión con nuestro hermano. Toda falta de amor tiene que ser reconocida como pecado, y confesada a Él para que su sangre la limpie. Luego debemos confesarlo a la persona ofendida, pidiéndole perdón. De esta

manera nos reconciliaremos tanto con Dios como con el hermano. Al regresar así al Señor Jesucristo, hallaremos que *su* amor para con nuestro hermano nos llenará el corazón y querrá manifestarse de modo tangible hacia él o ella. Así andaremos de nuevo en mutua comunión.

Esta es la vida del Camino Real. No es ninguna doctrina nueva ni asombrosa. No es una predicación novedosa o complicada. Es sencillamente vivir día tras día en las circunstancias en que Dios nos pone. Esta explicación no contradice lo que hemos leído u oído acerca de la vida cristiana, pero pone en un lenguaje sencillo y gráfico la gran verdad de la santificación. El comenzar a vivir ahora esta vida, significará 'avivamiento' para nosotros. Vivir así, significa 'avivamiento continuo', lo cual es sencillamente andar juntos por el Camino Real en perfecta unión con el Señor Jesucristo y con nuestros hermanos, llevando siempre copas limpias y rebosantes con la vida y el amor de Dios.

5 LA PALOMA Y EL CORDERO

La vida victoriosa y la eficacia en ganar almas para Cristo no son producto de nuestros mejores deseos y duros esfuerzos, sino que son el 'fruto del Espíritu Santo'. No somos llamados a 'producir' fruto sino a 'llevarlo'. El fruto es siempre del Espíritu Santo, y nada es más importante que ser constantemente llenos de Él, conservando así la metáfora que dice: *"Se llenan de savia los árboles del SEÑOR"*, Salmo 104:16. Esto está ilustrado en el primer capítulo del Evangelio de Juan, en la narración de la venida del Espíritu Santo sobre el Señor Jesús en su bautismo. Cuando Juan el Bautista ve venir a Jesús hacia él, exclama: *"He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del Mundo"*. Luego, cuando le bautiza, Juan ve abrirse el cielo y como desciende el Espíritu de Dios como paloma y 'permanece' sobre Él.

LA HUMILDAD DIVINA

¡Qué cuadro más fascinante tenemos aquí! ¡El Espíritu desciende como paloma sobre el Cordero y reposa sobre Él! Ciertamente el cordero y la paloma son las más mansas de todas las criaturas de Dios. El cordero simboliza la mansedumbre y sumisión, y la paloma la paz. ¿Existe sonido más dulce y suave en verano que el arrullo de la paloma? ¿No nos muestra esto que en el mismo corazón de Dios hay humildad? Cuando el Dios eterno quiso revelarse en su Hijo, le dio el nombre de 'Cordero'; y cuando fue necesario que el Espíritu Santo viniese al mundo, se reveló en forma de 'Paloma'. ¿Comprende ahora la razón por la cual tenemos que ser humildes para poder andar con Dios? No es solamente porque DIOS es TAN grande y nosotros TAN pequeños, sino porque Dios Mismo, tal como se le ve en Jesús, se muestra *"manso y humilde de corazón"*, Mateo 11:29.

La lección principal de este suceso, es que el Espíritu Santo, como paloma sólo pudo descender y reposar sobre el Señor Jesucristo, por ser el Cordero. Si Él no hubiera tenido las características de un cordero, tales como humildad, mansedumbre y abnegación, la paloma no habría podido reposar sobre Él. Siendo ella tan 'apacible' se habría asustado. Aquí pues, tenemos descrita la condición para que el Espíritu Santo pueda venir y morar en nosotros, reposando sólo cuando ve al Cordero en nosotros. Cuán difícil es esto mientras el **Yo** no esté dispuesto a ser quebrantado, pues sus manifestaciones son totalmente opuestas a la mansedumbre de la Paloma y del Cordero.

Lea otra vez en Gálatas 5:22-23 las nueve características del fruto del Espíritu Santo: Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Con este fruto la paloma nos quiere llenar. Luego compárelas con las obras de la carne, mencionadas también. El **Yo** no quebrantado puede compararse con el lobo rapaz, mientras que el **Yo** quebrantado se compara con la gentil paloma.

DISPOSICION DE CORDERO

Debe quedarnos claro, entonces, que el Espíritu Santo vendrá para ‘permanecer’ en nosotros, sólo si halla esta disposición de Cordero al redargüirnos en cualquier asunto. No hay nada que nos sacude y nos humilla como la contemplación del Cordero de Dios en su camino del Calvario por nosotros; y cuando, al mismo tiempo, se nos revela nuestra propia aversión a esa posición del Cordero, una y otra vez.

Mírelo por un momento como *el ‘Cordero sencillo’*. Como ya hemos dicho, el cordero es la más sencilla de todas las criaturas de Dios. No tiene designios ni planes para beneficiarse, defenderse o sostenerse. Subsiste débil e indefenso. Así Jesús se anonadó por nosotros, se hizo el humilde Cordero. Sin fuerzas ni sabiduría propia, no evadió las dificultades. Sencillamente dependía de su Padre en todo y en todo tiempo. *“No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre...”*, Juan 5:19. Por otro lado, ¡cuán complicados somos nosotros! ¡Cuántos planes hacemos para salir de aprietos! ¡Hemos recorrido a grandes esfuerzos para vivir la vida cristiana y para hacer la obra divina! Como si nosotros fuésemos algo y pudiésemos algo. Al menos, en cuanto a su consciente Presencia, la Paloma ha tenido que tomar vuelo, una y otra vez, porque nos negamos a ser sencillos corderos.

DISPUERTO A SER TRASQUILADO

En segundo lugar, Él fue *‘el Cordero Trasquilado’*. Dispuesto a ser despojado de su reputación y de todos sus derechos. Así como una oveja jamás se resiste al ser trasquilada, Jesús tampoco se resistió. *“Quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba...”*, 1ª Pedro 2:23. Jamás dijo: "No me podéis tratar así. ¿No sabéis que soy el Hijo de Dios?" Pero nosotros, ¡cuántas veces nos hemos negado a ser trasquilados de nuestros supuestos derechos! No estamos dispuestos a soltar lo que es ‘nuestro’ por amor a Él. Además, resistimos, peleamos y exigimos que nos traten con el respeto que "merecemos". Como resultado, la Paloma se aleja; quedamos endurecidos, sin paz y sin amor.

ENMUDECIÓ

Jesús era *‘el Cordero Enmudecido’*. *“Como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció y no abrió su boca”*, Isaías 53:7b. No respondió nada ante las calumnias y los falsos testimonios de los hombres, ni pidió explicaciones. Todo lo contrario de nosotros. ¿No nos airamos y alzamos la voz en defensa y vindicación propia cuando nos calumnian? Y ¡cuántas veces nos disculpamos en lugar de confesar nuestro pecado con franqueza! En tales ocasiones la Paloma levanta su vuelo, y quita de nuestro corazón su paz y su bendición, ya que no estamos dispuestos a quedar mudos como un cordero.

SIN RESENTIMIENTO

Jesús también fue *‘el Cordero sin mancha’*; no sólo enmudeció, en su corazón no había lugar para resentimientos, amargura o rencores para quienes lo llevaron a la cruz; había solo amor. Cuando los clavos traspasaron sus manos y pies, Él perdonaba y pedía a su Padre que perdonara. Siempre estuvo dispuesto a sufrir todo con mansedumbre por amor a nosotros. Pero ¡cuánto resentimiento y amargura somos capaces de albergar nosotros en nuestro corazón hacia otros! Olvidamos que por más que suframos, nunca habrá comparación con lo que Cristo sufrió sin reclamar nada. Cada pecado inconfeso ha dejado en nuestro corazón una mancha, y la Paloma ha tenido que alejarse, por *“no hallar donde sentar la planta de su pie”*, Génesis 8:9. Esto ocurre cuando no estamos dispuestos a sufrir y a perdonar por amor a Jesús.

¡VUELVE, OH PALOMA!

Estos son pues, los hechos y las actitudes que ahuyentan al Espíritu Santo de nuestras vidas en cuanto a bendición se refiere; y todos son pecado. Lo único que impide el avivamiento de su iglesia es el pecado. La pregunta sobresaliente, para nosotros ahora, es: ¿Cómo puede volver a

nuestras vidas la Paloma con su paz y poder? El secreto es sencillamente el mismo, a saber: "El Cordero de Dios", porque Él no solamente es "el sencillo Cordero de Dios trasquilado, mudo y sin mancha", sino que, por encima de todo, es "el Cordero Sustituto".

Para los judíos, el cordero que se ofrecía a Dios era siempre un sustituto. La mansedumbre y sumisión del animal eran incidentales a su obra principal, la de ser inmolado y de tener rociada su sangre en el altar para expiar el pecado del ofrendador. La humildad del Señor Jesús, en hacerse nuestro Cordero, era necesaria en que así llegara a ser nuestro sustituto en la cruz, llevando en nuestro lugar los pecados nuestros en su cuerpo sobre el madero, para obtener perdón y limpieza de toda mancha al arrepentirnos. Pero, puesto que para Dios no hay *pasado* ni *futuro*, sino sólo *presente*, independiente del tiempo, en cierto sentido, los sufrimientos del Señor Jesucristo por nuestros pecados no arrepentidos son siempre actuales. ¡Qué revelación, la de nuestros pecados que le estén hiriendo y lastimando a Él! ¡Qué este solemne pensamiento quebrante nuestros corazones endurecidos en arrepentimiento! Cuando vemos de esta manera nuestros pecados, llevados en el corazón de Jesús, de tal modo que resultemos quebrantados, dispuestos a arrepentirnos de ellos y a reconciliarnos, es entonces y sólo entonces, cuando la sangre del Cordero puede limpiarnos, y la Paloma vuelve con paz y bendición a nuestros corazones.

*Señor, Te anonadaste hasta nacer en pesebre,
Te humillaste hasta morir por mi ser,
Pero yo, tan orgulloso e inflexible,
Tu discípulo no quise ser.*

*Señor, Te rendiste a la voluntad del Padre,
Escogiste en la luz siempre andar,
Pero a mí, me gusta siempre complacerme,
Aunque en tinieblas me toque andar.*

*Señor, quebrántame, límpiame, lléname,
Guárdame siempre en ti;
Teniendo comunión constante,
Santificando tu nombre en mí.*

Un fiel creyente africano contó una vez a la congregación, como, al subir la cuesta para reunirse con los hermanos, oyó pasos que le seguían. Mirando atrás, vio a un hombre que subía llevando en sus espaldas una pesadísima carga. Lleno de compasión por él, se puso a conversar. Al ver cicatrices en sus manos se dio cuenta de que era Jesús, y le dijo: "Señor, ¿estás cargando el pecado del mundo?" "No - le contestó Él - no precisamente el pecado del mundo; más bien ¡el tuyo!"

Cuando, en la reunión, el africano narró con sencillez la visión que Dios le acababa de dar, tanto los corazones de los oyentes, como el suyo, fueron quebrantados, porque vieron sus propios pecados a la luz de la cruz. Nuestros corazones también necesitan ser quebrantados, pues mientras eso no suceda, no estaremos dispuestos a confesar, pedir perdón, reconciliarnos y restituir, lo cual es la manifestación de un verdadero arrepentimiento del pecado. Luego, cuando estemos dispuestos a humillarnos, tal como el mismo Señor, la Paloma volverá a nuestras vidas.

*Vuelve Paloma divina, vuelve
¡Dulce Mensajera de la paz!
Detesto los pecados, que,
Causándote tristeza,
¡Te expulsaron de mi ser!*

GOBERNADOS POR LA PALOMA

Una palabra final. La paloma es símbolo de paz, lo que indica que, si la sangre de Jesús nos ha limpiado y estamos andando humildemente con el Cordero, la evidencia de la presencia y plenitud del Espíritu será la paz. En realidad, ahí está la prueba de nuestro diario andar con Él.

“Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones”, Colosenses 3:15. Si en cualquier momento la ‘paloma’ deja de ‘arrullar’ en nuestro corazón, si esta paz se interrumpe, la única causa es el pecado. Necesitamos pedir que Dios nos lo indique, arrepentirnos pronto y traerlo a la cruz. Luego la ‘paloma’ podrá volver a nuestro corazón con la paz de Dios. De esta manera conoceremos la presencia continua del Espíritu Santo, mediante la aplicación inmediata y constante de la sangre preciosa de Jesús.

Permitamos desde ahora mismo que nuestras vidas sean regidas por la Paloma celestial, por la paz de Dios: que Él sea el Árbitro durante todo el día. De esta manera seguimos redargüidos y humillados todo el tiempo, pero llegando a ser semejantes al Cordero de Dios, y experimentando la única victoria que vale, la de la conquista del **yo**.

6 AVIVAMIENTO EN EL HOGAR

Hace miles de años, en el más hermoso huerto que el mundo ha tenido, vivían un hombre y una mujer, hechos conformes a la imagen de su Creador. El único propósito de su vida era ser manifestación de Él en su creación, y también, el uno para el otro, glorificándole cada momento del día. Ellos aceptaron humildemente el lugar que les correspondía, el de criaturas ante su Creador y el de una sumisión y una entrega completas a su voluntad. Al someter su propia voluntad a la de su Creador, viviendo así para Él y no para sí mismos, también se sometieron completamente el uno al otro. Así, en aquel primer hogar, en ese hermosísimo huerto, existía una absoluta armonía con paz, amor y unión, no sólo con Dios, sino entre ellos mismos.

Pero un día, esta armonía fue rota porque en aquel hogar donde Dios era el centro, la ‘serpiente’ penetró, y con ella, el pecado. Habiendo perdido la paz y la comunión con Dios, también la perdieron entre ellos. Ya no vivían para Dios, sino que cada uno vivía para sí mismo. Ahora eran sus propios ‘dioses’; y al no vivir ya para Dios, tampoco podían ya vivir el uno para el otro. En lugar de paz, armonía, amor y concordia, había entrado la discordancia y el odio. En otras palabras, ¡"EL PECADO"!

EL AVIVAMIENTO COMIENZA EN EL HOGAR

En el hogar es donde el pecado entró primero. Es allí donde pecamos más que en cualquier otra parte; y por lo tanto es donde primero debe llegar el avivamiento. Este se necesita también desesperadamente en la Iglesia, en el país, en el mundo, pero una iglesia avivada sin hogares avivados, pronto llegaría a ser una farsa. Este es el escenario más difícil, pero a la vez el más necesitado para comenzar.

Antes de seguir adelante, recordemos de nuevo el verdadero significado de la palabra ‘avivamiento’. Es sencillamente ‘vida nueva’, ahí donde la vida espiritual ha menguado. No es una vida de esfuerzo propio, ni es iniciada por uno mismo. No es vida de hombre, sino de Dios, la Vida de Jesús, la que nos llena y la que fluye a través de nosotros, manifestándose en compañerismo y unión con quienes vivimos, sin nada que nos separe de Dios ni de los demás. Es en el hogar donde esto debe manifestarse, en primer lugar.

Sin embargo, cuan diferente es la experiencia en los hogares de muchos de los que profesan ser creyentes. Pequeñas irritaciones, mal genio, egoísmo y resentimientos son la ‘norma’. Y aun cuando no haya nada que destaque como cosa mala entre nosotros, puede que falte esa

unidad y ese compañerismo que caracterizan a creyentes que conviven. Todo lo que se interpone entre nosotros y los demás, se interpone también entre nosotros y Dios, y rompe nuestra comunión con Él, de modo que nuestros corazones no están rebosando de Vida Divina.

¿QUÉ ANDA MAL EN NUESTROS HOGARES?

¿Cuál es el defecto fundamental en nuestros hogares? Con 'hogar' entendemos la relación que existe entre marido y mujer, padres e hijos, hermanos y hermanas, y quizá con otros más que por distintas razones se ven incluidos en el hogar.

En primer lugar, el defecto que existe en muchas familias es la falta de un ambiente abierto entre unos y otros. Gran parte de la vida es vivida tras 'cortinas cerradas', y los demás no nos conocen en realidad, y nosotros no estamos por abrir 'las cortinas'. Hasta los que están más íntimamente relacionados con nosotros ignoran lo que pasa en nuestro interior: nuestras dificultades, batallas, fracasos y todo lo que el Señor Jesús debe limpiar tan a menudo. La falta de transparencia y franqueza es siempre resultado del pecado.

El primer efecto del primer del pecado fue que Adán y Eva se escondieran de Dios tras los árboles del huerto. Ellos, que antes habían sido tan transparentes con Dios y entre ellos mismos, ahora se escondían por causa del pecado. Y, ya que se escondían de Dios, no tardarían en esconderse también el uno del otro. En el corazón de Adán habría reacciones y pensamientos que Eva nunca conoció, y viceversa. Desde entonces la cadena ha continuado hasta nuestros días. Si queremos encubrirle algo a Dios, también lo haremos con los demás. Tras esa barrera de reserva, que nos sirve de máscara, escondemos nuestro propio **yo**. A veces nos ocultamos de modo extraordinario, tras un jovial fingimiento. Otras veces aparentamos seriedad para que otros no se acerquen demasiado y nos vean tal cual somos. No somos sinceros los unos con los otros, y nadie puede tener comunión con alguien que no es sincero. De este modo la unión y el compañerismo íntimos son imposibles en el hogar. Según las Escrituras esto es andar-en-tinieblas. Porque todo lo que se oculta de la luz queda en tinieblas.

FALTA DE AMOR

El segundo defecto de nuestros hogares es el fracaso en realmente amarnos el uno al otro. Alguien quizá diga: ¡Eso nunca podría decirse de nuestro hogar, o matrimonio! ¡Entre nosotros dos, nadie puede amarle más al otro!

¡Espere un momento! Todo depende de lo que usted entienda por 'amar'. El amor no es sólo una emoción sentimental, ni una pasión fuerte. El conocido pasaje de 1ª Corintios 13, nos dice lo que es el amor verdadero, y si dejamos que el pasaje nos haga una prueba, encontraremos que, después de todo, casi no nos amamos el uno al otro. Muchas veces nuestra conducta va en dirección contraria, y lo contrario del amor es la indiferencia...

Miremos algunas de las cosas que este pasaje nos dice acerca del amor:

***“El amor es sufrido, es benigno;
el amor no tiene envidia,
el amor no es jactancioso, no se envanece;
no hace nada indebido, no busca lo suyo,
no se irrita, no guarda rencor;
no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad.
Todo lo sufre, todo lo cree,
todo lo espera, todo lo soporta.
El amor nunca deja de ser...”***

1ª Corintios 13:4-8.

¿Cómo salimos del test, nosotros y nuestro hogar? ¡Cuán a menudo actuamos en sentido contrario! Con frecuencia nos impacientamos unos con otros y somos ásperos en nuestro modo de contestar o reaccionar. Cuánta envidia puede haber en un hogar. Marido y esposa pueden tener celos entre ellos, hasta por los dones que el uno tiene y el otro no..., ¡incluso por

un progreso espiritual percibido en uno de los dos! Aun los padres pueden llegar a sentir envidia de sus hijos, y ¡cuántos celos amargos hay entre hermanos!

“El amor no hace nada indebido.” Es decir, el amor es cordial. ¿Qué de la cordialidad en el hogar? Es sencillamente el amor obrando en las cosas pequeñas; y es ahí donde fallamos, pensando que tiene poca importancia...

¡Y cuán vanidosos somos a menudo! La vanidad se manifiesta en todo lo que hacemos. Creemos "sabérmolas todas", buscando cada cual "salirse con la suya", dominando a los demás. Esa actitud de superioridad, insistiendo y machacando, nos lleva a despreciar al otro. Luego, cuando - en el fondo - le despreciamos, le culpamos de todo; y aun así creemos que estamos amando...

Y ¿qué de no buscar 'lo nuestro'; es decir, de no ser egoístas? ¡Cuántas veces al día ponemos nuestros deseos e intereses por encima de los ajenos!

¡Qué fácilmente nos irritamos por un 'algo' en el otro! ¡Qué pronto damos paso a ese sentimiento! ¡Cuán a menudo permitimos un pensamiento nada amable acerca del otro, dando lugar a resentimientos por lo que ha hecho o por lo que ha dejado de hacer!

A pesar de todo esto, creemos que no hay falta de amor en nuestro hogar. Muchas cosas suceden todos los días, cosas opuestas al amor, y no nos damos ni cuenta; y lo contrario de amar... es aborrecer. Impaciencia es aborrecimiento, lo mismo que envidia, amor propio, vanidad, egoísmo, irritabilidad y resentimiento. *“El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas...”*, 1ª Juan 2:9. ¡Cuánta tirantez y desacuerdo! ¡Cuántas barreras se originan así, haciendo imposible la comunión con Dios y con los demás!

LA ÚNICA SALIDA

Surge la pregunta: ¿Deseo tener nueva vida y avivamiento, en mi hogar? Yo mismo he tenido que desafiar mi corazón al respecto. ¿Estoy dispuesto a continuar en mi estado, o realmente tengo hambre de una nueva vida, la vida de Cristo en mi hogar? Hasta que no me sienta realmente hambriento, no doy los pasos necesarios. El primer paso que tengo que dar es llamar 'pecado' al pecado (es decir, al mío, no al de otro) y llevarlo a la cruz, confiando que allí - en ese momento - el Señor Jesús me limpie.

A medida que nos inclinamos ante la cruz, ese amor de Él se derramará en nuestro corazón, amor desinteresado y magnánimo, generoso y compasivo. Su preciosa sangre nos limpiará de nuestra carencia de amor, de nuestra mala voluntad, y el Espíritu Santo nos llenará con la misma naturaleza de Jesús. 1ª Corintios 13 es nada menos que la naturaleza de Jesús, nos la da gratuitamente. Pues si Él es 'nuestro', su naturaleza es 'nuestra'. Este bendito proceso puede verificarse cada vez que el menor brote de pecado trata de introducirse. Porque la 'fuente' de sangre purificadora está totalmente a nuestra disposición durante todo el tiempo.

Todo esto se encargará de que nuestros hogares anden en el camino de la cruz. Una y otra vez, habrá ocasiones en que tendremos que ceder nuestros derechos como lo hizo Jesús por causa nuestra. Veremos que lo que en nosotros reacciona tan vivamente al egoísmo y orgullo de otros, no es más que nuestro propio egoísmo y orgullo que en ninguna manera queremos sacrificar. Tendremos que aceptar los métodos y hechos de otros como la voluntad de Dios para nosotros, y humildemente doblar nuestra cerviz a todas las providencias divinas.

No quiere decir que tendremos que aceptar el egoísmo de otros como la voluntad de Dios para ellos. ¡De ninguna manera! Pero, sí, debemos aceptarlo como la voluntad divina para nosotros. En cuanto a ellos, es posible que Dios quiera usarnos - si en realidad hemos sido quebrantados -, para ayudarles a ver su necesidad. Indudablemente, si somos padres, necesitaremos frecuentemente corregir a nuestros hijos con firmeza. Sin embargo, nada de esto debe ser por motivos egoístas sino sólo por un tierno amor hacia ellos, que anhela su bienestar.

Debemos siempre estar dispuestos - en nuestro diario vivir - a ceder derechos. Sólo así podrá el amor del Señor Jesús llenarnos y manifestarse por medio nuestro. Cuando hayamos sido

quebrantados en el Calvario, estaremos dispuestos a arreglar nuestras desavenencias con los demás, inclusive con los niños. Muchas veces esto es lo que pone a prueba la realidad de nuestro quebrantamiento, el que termina con nuestras 'durezas'. La terquedad dice: "¡Es culpa tuya!", mientras que una voluntad quebrantada confiesa: "¡Es culpa mía!"

¡Qué atmósfera tan diferente comenzará a prevalecer en nuestros hogares cuando nos oigan decir esto! Recordemos que en la cruz no hay lugar para más que una persona. No podemos decir: "Es verdad, yo estaba equivocado, pero tú también lo estabas; por lo tanto, tú también tienes que venir a humillarte...". Tenemos que ir solos, sin compañía, y humildemente decir: "¡Pequé Señor!" Con seguridad, Dios obrará en la otra persona, y mucho más por tu espíritu quebrantado. Posiblemente tengamos que esperar, por largo tiempo, que el otro reconozca su parte y la admita; lo cual haría que entendamos mejor lo grande de la paciencia de Dios; como alguien dijo: "Dios también ha tenido que esperar largo tiempo – ya 20 siglos - desde su gran esfuerzo por arreglar el pecado del hombre, y eso sin haber ofensa alguna de su parte".

Seguramente, Dios contestará nuestra oración, y traerá a la otra persona al Calvario también. Allí estaremos unificados, "la pared intermedia de separación derribada". Es allí donde podremos 'andar en luz', en verdadera transparencia con Jesús y con 'el otro', amándonos fervientemente y de corazón puro. El pecado es casi la única cosa que tenemos en común con todo el mundo, de modo que, a los pies de Jesús - donde somos limpiados del pecado - se encuentra ese único lugar donde hay 'unidad auténtica'. Lo que esto nos evoca es un cuadro de dos o más pecadores *reunidos al pie de la cruz*.

7 LA PAJA Y LA VIGA

¡Le cayó una cosita al ojo de nuestro amigo! Es una cosita muy pequeña; Jesús la llama "pajita", pero ¡cómo molesta! Mientras está allí, el amigo se siente incapaz de hacer nada... Teniendo amistad, debemos hacer lo que esté a nuestro alcance para sacarle la 'pajita', y cuán agradecido se va a sentir si lo logramos. Así nos sentiríamos nosotros, si él a nosotros nos hiciera otro tanto. A la luz de esto, queda claro que la verdadera finalidad del famoso pasaje de Mateo 7:3-5, acerca de 'la pajita y la viga', no es la de impedir que quitemos o corrijamos la falta que vemos en la otra persona, sino más bien lo contrario.

El mandato que se nos da, es el de prestarnos a este servicio a toda costa, y mutuamente. En verdad, su principal énfasis parece ser el de rechazar un espíritu de crítica, pero, luego, cuando la crítica ha desaparecido, el pasaje termina diciendo: "...entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano". Según el Nuevo Testamento, debemos velar de tal manera por el bienestar de nuestro prójimo, que estemos dispuestos para hacer todo lo que esté a nuestro alcance para sacar la 'paja' que está echando a perder su vista y estorbando su bendición. Se nos dice que "amonestemos los unos a los otros", que "exhortemos los unos a los otros", que "nos lavemos los pies, los unos a los otros", que "nos provoquemos al amor y a las buenas obras, los unos a los otros". El amor de Jesús derramado en nosotros, hará que deseemos ayudar de esta manera a nuestro hermano. ¡Cuánta bendición caerá sobre muchos por medio de esa buena voluntad cuando estimulamos, humildemente, los unos a los otros, según seamos guiados por Dios!

Un humilde suizo, conocido por el nombre de Nicolás de Basilea, de la "Sociedad de los Amigos de Dios", atravesó las montañas hasta la ciudad de Estrasburgo, y entrando en la iglesia donde Juan Tauler tenía fama de predicador, le dijo: "Hermano Tauler, antes de que usted pueda hacer su obra más grande para Dios, para el mundo y para esta ciudad, usted necesita morir a sí mismo, a sus dones, a su popularidad y aun a su propia bondad. Luego, cuando haya aprendido el verdadero significado de 'la cruz', tendrá un nuevo poder para con Dios y los hombres".

Aquel humilde desafío por parte de un 'oscuro' creyente extranjero cambió la vida de Juan Tauler, quien aprendió a morir de veras, llegando a ser uno de los grandes elementos que

aparejaron el camino para Lutero y la Reforma. En el pasaje considerado, el Señor Jesús nos enseña cómo podemos prestarnos este servicio, el uno al otro.

¿QUÉ REPRESENTA LA VIGA?

Miremos primero la enseñanza del Señor Jesucristo donde nos dice que, al tratar de extraer del ojo ajeno esa "pajita", o ese "pedacito de aserrín", bien puede haber en el nuestro una viga entera. Cuando eso sucede, no es posible sacar la pajita del ojo de aquel, puesto que nosotros mismos estamos impedidos en la vista. Tratar de hacerlo sería pura hipocresía.

Todos sabemos lo que Jesús quiso decir al hablar de "la paja en el ojo ajeno". Son faltas que vemos en otra persona. Tal vez, él o ella, haya hecho algo en contra nuestra, o mantenga cierta actitud hiriente. Pero, ¿qué quiso decir el Señor al hablar de la 'viga' en nuestro ojo?

Permítame sugerir que esa 'viga' no sea, en realidad, más que la reacción de nuestra falta de amor hacia esta persona. Sin duda, el mal es real, pero nuestra reacción ¡es otro mal! Lo que la pajita del ojo ajeno ha provocado en nosotros es: resentimiento, frialdad, crítica, amargura, calumnia, aversión, siendo todas ellas variantes de la falta de amor. Y estos, nos dice el Señor Jesús, son en gran manera peores que ese pequeño mal que – a menudo de forma inconsciente - los provocara. El Señor Jesús nos da a entender por su comparación que nuestra reacción-sin-amor, causada por el mal de otra persona, viene a ser una enorme viga en comparación con la 'pajita'. Cada vez que señalamos con el dedo a otro, diciéndole, "la culpa es tuya", tres de esos dedos nos señalan a nosotros mismos. Que Dios tenga misericordia de nosotros por las muchas veces, cuando en nuestra hipocresía hemos tratado de corregir la falta de otro, cuando Dios estaba viendo lo mismo - solo peor – en nuestros propios corazones.

Pero no nos imaginemos que una viga sea necesariamente una reacción violenta de nuestra parte. El simple principio de resentimiento es una viga, como lo es también el primer aleteo de un mal pensamiento o la primera idea de censura sin amor. Estas cosas desvían nuestra visión y nos impiden ver al hermano tal como realmente es, amado de Dios. Si le hablamos con estos sentimientos en el corazón, solo provocaremos en él la misma actitud dura hacia nosotros, porque es una ley en las relaciones humanas que *"con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido"* (Mateo 7:2).

LLÉVALO AL CALVARIO

"¡Echa primero la viga de tu propio ojo!" Este es el primer deber. Es preciso que la 'viga' – la que representa nuestra reacción carente de amor -, sea reconocida como 'pecado'. Tenemos que llevarla al Calvario, verle allí a Jesús, y vislumbrar algo de lo que ese pecado le costó a Él. Luego, a sus pies, tenemos que arrepentirnos, siendo quebrantados de nuevo, y confiar en que Él nos limpie con su preciosa sangre, y nos llene de su amor para aquella persona. Es lo que Él quiere hacer, y lo que hará, si nos asimos de su promesa. Luego, probablemente, necesitaremos ir a él o a ella, arrepentidos, a confesarle el pecado que había en nuestro corazón, y contarle lo que sucedió en nosotros por medio de la 'sangre', pidiéndole perdón. Muchas veces 'la gente' y aun nuestro propio corazón nos dirán que el pecado que estamos confesando dista mucho de ser tan grave como el de la otra persona quien aún no lo ha confesado. Pero ya hemos ido al Calvario; allí estamos aprendiendo a morar 'bajo su sombra', y allí, viendo nuestro pecado, ya no lo podemos comparar con pecado ajeno.

A medida que demos estos pasos de arrepentimiento, podremos ver claramente, y sacar la 'paja' del ojo del hermano, porque la 'viga' de nuestro ojo ya ha desaparecido. En aquel instante Dios derramará su luz sobre nosotros para que veamos las necesidades del otro, y con tal intensidad que ni ellos ni nosotros las habíamos visto así antes. Es posible que lleguemos a ver que la 'paja' que tanto veíamos, ahora, prácticamente, ha dejado de existir, y que no era más que una proyección de algo en nosotros mismos.

Por otra parte, cabe que dicha luz nos revele cosas ocultas de las que el interesado apenas se daba cuenta. Luego, conforme Dios nos vaya guiando debemos con amor y humildad animarle para que él también los vea y los lleve al manantial abierto para limpiar el pecado, y sea así

librado. Entonces más que nunca estará dispuesto a dejar que lo hagamos, y si de veras es humilde, nos lo agradecerá sabiendo que en nuestro corazón no hay ningún motivo egoísta sino sólo amor y gran interés por él.

Cuando Dios nos impulse a animar a otros, no nos detengamos por temor. Ni tampoco discutamos o recalquemos. Digámosle sólo lo que Dios nos ha mandado a decirle, sin añadir ni quitar. Pues, es de Dios hacer que ellos lo reciban, y no de nosotros. Tiene que pasar tiempo antes de que ese soberbio y erguido **yo** se doblegue.

A la vez, cuando nos hagan una observación acerca de nuestra vida espiritual, no nos defendamos, ni nos justifiquemos, tratando de dar explicaciones. Recibámosla calladamente, dándole las gracias a nuestro hermano, y en seguida vayamos a Dios y preguntémosle acerca del asunto. Si la otra persona tiene razón, seamos lo suficientemente humildes para ir a decírselo, pedirle perdón, y juntos alabar al Señor. No hay duda de que nos necesitamos mutuamente, y de modo imprescindible.

Hay puntos oscuros en todas nuestras vidas que nunca veremos a no ser que estemos dispuestos a que otros sean los instrumentos escogidos por Dios para revelarnos dichos puntos oscuros.

8 ¿DISPUERTO A SER SIERVO?

Nada hay más claro en el Nuevo Testamento que el hecho de que nuestro Señor Jesucristo espera que tomemos esa humilde posición de siervos. No se trata de un deber adicional que podemos aceptar o rechazar a nuestro antojo, sino el centro mismo de esa nueva actitud que el discípulo debe adoptar hacia Dios y hacia los demás, si desea tener en su vida comunión con Cristo, y cierto grado de santidad. Cuando comprendemos la humillación y anonadamiento que implica el ser siervo, viene a ser evidente que sólo aquellos que de una manera muy decidida han determinado vivir a la sombra del Calvario, contemplando siempre la humildad y el quebrantamiento que el Señor Jesucristo tuvo que sufrir por nosotros, son los que verdaderamente aceptarán el puesto de siervo.

A medida que nos acerquemos a este tema y sus detalladas aplicaciones prácticas en nuestra vida, encontraremos que hay tres puntos preliminares que necesitan ser mencionados para que podamos comprender lo bajo y humilde de la posición que Él quiere que tomemos.

En el Antiguo Testamento se hace mención de dos clases de siervos: los jornaleros, que ganaban su jornal y gozaban de ciertos derechos, y los esclavos de por vida, quienes no gozaban de jornal ni de derecho alguno. A los hebreos les estaba prohibido tener esclavos para siempre de su misma raza; sólo les era permitido tener ese tipo de esclavos de entre los gentiles. No obstante, cuando llegamos al Nuevo Testamento, la palabra griega usada para un siervo del Señor Jesucristo no es la usada para "jornalero" sino la de "esclavo", lo cual nos dice claramente que nuestro lugar es tal que no tiene remuneración ni derecho. Somos propiedad absoluta de nuestro Amo y Dueño, quien puede disponer de nosotros y tratarnos como a Él le plazca.

Además, veremos aún más claramente cuál debe ser nuestra posición si comprendemos que debemos ser los esclavos de Aquel que, por su propia voluntad, tomó la forma de siervo. Nada puede mostrar mejor la asombrosa humildad del Señor Jesucristo, cuyos esclavos hemos de ser, que las siguientes palabras: *"...siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios, como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo..."*, Filipenses 2:6-7. Esto es, sin ningún derecho, dispuesto a ser tratado según la voluntad del Padre, y la malicia de los hombres, con tal de que de esa manera pudiera servir a la humanidad y traerla de nuevo a Dios.

¡Usted y yo hemos de ser los esclavos de Aquel que fue - y seguirá siendo - esclavo; cuyo carácter es siempre humilde y cuya actitud consiste en humillarse para servir a sus criaturas!

¡Cuán infinitamente baja es pues, nuestra verdadera posición! ¡Y cómo nos demuestra lo que significa ser dirigidos por el Señor Jesús!

Esto nos lleva todavía más allá. Nuestra servidumbre para con el Señor Jesucristo debe expresarse en servidumbre para con nuestro prójimo. Pablo dice: *"...no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús"*, 2ª Corintios 4:5. La manera como el Señor Jesucristo va a juzgar nuestra actitud hacia Él dependerá de nuestra actitud de humillación hacia nuestro prójimo. El no estar dispuestos a servir a otros - por lo costoso y humillante que sería -, es considerado por el Señor como falta de voluntad para servirle a Él, quebrando así nuestro compañerismo con Él.

Ahora hemos llegado a una posición que nos permite aplicar lo anterior de una manera mucho más personal a nuestras propias vidas. Hace algún tiempo, Dios me habló mediante Lucas 17:7-10: *"¿Quién de vosotros, teniendo un siervo que ara o apacienta ganado, al volver él del campo, luego le dice: 'Pasa siéntate a la mesa'?"*

¿No le dice más bien: 'Prepárame la cena, cíñete, y sírveme hasta que haya comido y bebido; y, después de esto, come y bebe tú'?"

¿Acaso da gracias al siervo porque hizo lo que se le había mandado? Pienso que no. Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: 'Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos'."

Encontramos en este pasaje cinco características del esclavo:

En *primer* lugar, debe estar listo para cargar con una responsabilidad tras otra, sin que por ello haya de merecer ninguna consideración. Después de un día de arduo trabajo en el campo, el siervo de la parábola tenía que preparar en seguida la comida de su amo, y además servir la mesa, antes de haber comido alimento alguno. Hizo todo, sencillamente, y sin esperar otra clase de trato. Pero nosotros, ¡qué poco dispuestos estamos para actuar así! Cuando algo semejante se espera de nosotros, ¡cuán rápido aparecen las murmuraciones y amarguras en el corazón! Al comenzar a murmurar, obramos como si tuviésemos algún derecho. ¡Pero el siervo, que es esclavo, no tiene ninguno!

En *segundo* lugar, el siervo no debe esperar que se le agradezca su fiel cumplimiento. Muy a menudo servimos a otros, pero ¡cuánto nos autocompadecemos, y con cuánta amargura nos quejamos al ver que no nos lo agradecen! Pero el siervo, el esclavo, debe despreocuparse por completo de tal agradecimiento. El jornalero puede esperar algo, pero el esclavo no.

Tercero, habiendo hecho todo esto, no debe culpar a otros de ser egoístas. Cuando leí dicho pasaje, no pude menos que pensar que el amo era algo egoísta y falto de consideración. Pero el esclavo *no* pensaba así. El sólo existía para servir a los intereses de su amo, sin darle importancia a la presencia o ausencia de egoísmo de este. ¿Y nosotros? Tal vez estemos listos a permitir que otros se nos impongan, y a que no nos lo agradezcan; ¡pero en nuestro interior los culpamos de egoístas! Esta no es la actitud de un esclavo quien debe hallar en el egoísmo de los demás una oportunidad más para identificarse nuevamente con su Señor, como Aquel que "sirve" a todos.

En *cuarto* lugar, habiendo cumplido con su deber, no hay lugar para soberbia o jactancia, sino que, por el contrario, debemos confesar que somos siervos 'inútiles', tanto para Dios como para los hombres, es decir: *en nosotros mismos*. Necesitamos confesar una y otra vez que, en nosotros, es decir, en nuestra carne, no mora el bien (Romanos 7:18), y que, si hemos 'servido', no es por nosotros mismos, siendo nuestro corazón por naturaleza soberbio y terco, sino sólo por el Señor Jesús quien mora en nosotros y nos ha dado la buena voluntad para hacerlo.

Quinto: El mismo fondo de nuestro **egoísmo** se nos derriba cuando llegamos a este último lugar: el de reconocer que, en nuestros hechos y comportamientos, al tomar el camino de humildad y mansedumbre, no hemos hecho más que nuestro deber. Dios hizo al hombre, en primer lugar para ser su 'siervo-esclavo'. Por otro lado, reclamando 'libertad', el pecado radicó

siempre en rehusar. La restauración del hombre, pues, sólo puede ser a esa posición de 'siervo', a ese estado que no reclama, ni reconocimiento, ni derecho, ni recompensa. Por lo tanto, al consentir en tomar esa posición delante de su Amo, el hombre no hace nada meritorio, puesto que para eso fue creado.

Este, pues, es el camino de la cruz; por el cual anduvo primero el humilde Siervo de Dios, y por causa de nuestro pecado. ¿No debemos nosotros, siervos de ese Siervo, andar por ese camino descendente? ¿Le parece duro y descomunal? Esté seguro de que es el único que conduce a 'las alturas'. Por él alcanzó el trono nuestro Señor Jesucristo, y por él alcanzaremos nosotros el lugar de poder, autoridad y fecundidad espirituales. Los que por él pasan poseen almas radiantes y gozosas, rebosantes de la vida de su Señor. Han hallado que es verdad, tanto para ellos como para Él, que *"el que se humilla será enaltecido"*. Aunque anteriormente 'la Humildad' era una desagradable intrusa que muy raras veces era tolerada, ahora es la aliada de las almas de aquellos con quienes se ha unido para siempre. Si la oscuridad y el desasosiego llegan al alma, se debe exclusivamente a que en algún punto no hemos querido andar con 'ella' por la senda de mansedumbre y quebranto. Pero al buscar arrepentidos su faz, ella siempre está lista para acogernos de nuevo.

Veamos ahora la gran importancia del arrepentimiento. No es por el sólo hecho de ser más humildes en el futuro, que llegaremos a tener vida abundante. Antes tenemos que arrepentirnos de actitudes y actuaciones pasadas en que todavía porfiamos, aunque sólo sea el hecho de no querer pedir perdón. El Señor Jesucristo tomó forma de Siervo, no sólo para darnos ejemplo, sino para morir en la cruz por estos mismos pecados, y para que con su preciosa sangre abriera la fuente que los puede borrar.

Pero esa sangre no puede ser aplicada a los pecados de nuestro soberbio corazón hasta que hayamos sido quebrantados, arrepintiéndonos de lo que hemos hecho y de lo que todavía somos. Esto significa que se le permite que la luz divina penetre hasta el más oscuro rincón de nuestro corazón y alcance a todas y cada una de nuestras relaciones. Quiere decir que tendremos que abrir los ojos a esos pecados provenientes del orgullo – los que Dios nos muestre -, los que hicieron necesaria la venida del cielo de Jesús, y su muerte en cruz para que fueran perdonados. Significa no sólo pedirle perdón a Él, sino también a otros, y eso, sí, que es humillante de verdad. Pero, a medida que nos arrastremos por la 'puerta de los quebrantados', saldremos a la luz y la gloria del alto Camino de santidad y humildad.

9 El Poder de la Sangre del Cordero

El mensaje desafiante de un avivamiento, según llega a muchos de nosotros en estos días, es penetrante en virtud de su gran sencillez. La verdad es que lo único que puede impedir en todo el mundo que el creyente ande victoriosamente en comunión con Dios, y esté lleno del Espíritu Santo, es – sencillamente - el pecado en una u otra forma. Sólo el poder de la sangre del Señor Jesucristo puede limpiarle del pecado y darle libertad y victoria. De todos modos, es muy necesario que sepamos qué es lo que le da a esta su sangre tanto poder ante Dios a favor de la humanidad, para que podamos comprender bajo qué condiciones podemos experimentar en nuestras vidas su plena virtud.

¡Cuántas hazañas de los hombres y múltiples bendiciones atribuyen las Sagradas Escrituras al poder de la sangre de Jesús! Por este poder el hombre es reconciliado con Dios, Colosenses 1:20. Por este poder hay perdón de los pecados y vida eterna para todos los que depositan su fe en el Señor Jesucristo, Colosenses 1:14; Juan 6:54. Por este poder Satanás es vencido, Apocalipsis 12:11. Por este poder hay una continua limpieza de todas nuestras maldades, 1ª Juan 1:7. Por este poder podemos ser librados de la tiranía de una mala conciencia para servir al Dios vivo, Hebreos 9:14. Por este poder infinito, el más indigno tiene libertad para entrar en el santuario de la presencia divina y morar allí interminablemente, Hebreos 10:19.

Con razón preguntamos, ¿qué es lo que le da tal poder a la 'sangre del Cordero'?

A esta pregunta debemos conectar otra: ¿Cómo podemos experimentar todo su poder en nuestras vidas? Muy a menudo esta preciosísima sangre no manifiesta en nuestros corazones su poder para limpiar, pacificar y vivificar. Y con excesiva frecuencia no nos hallamos viviendo todo el día en la presencia de Dios y en comunión con Él.

¿DE DONDE PROVIENE SU PODER?

La respuesta a la primera pregunta es sugerida por la frase de Apocalipsis 7:14 que describe tiernamente la sangre de Cristo como "la sangre del Cordero". No es "la sangre del guerrero", sino "¡la sangre del Cordero!" En otras palabras, lo que da a la sangre preciosa su eficacia ante Dios y los hombres, es la disposición mansa de Aquel que la vertió; siendo ella la suprema manifestación de su mansedumbre. El título de "El Cordero", que tan frecuentemente se da en Apocalipsis al Señor Jesucristo, es en primer lugar una descripción representativa de su obra, la de ser un sacrificio por nuestro pecado. Cuando un pecador israelita quería reconciliarse con Dios, la sangre de un cordero, (o a veces de un cabrito) tenía que ser vertida y rociada en el altar. Jesús es el prototipo divino de todos aquellos corderos que los hombres ofrecían: **"He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo"**, Juan 1:29. Pero el título de "El Cordero" tiene un significado aún más profundo, y es la descripción de su carácter.

Es 'el Cordero' por ser manso y humilde de corazón (Mateo 11:29); benigno y pacífico, sometiendo siempre su propia voluntad a la del Padre, Juan 6:38; para que fuesen bendecidos y redimidos los hombres. Otro, que no hubiera sido 'el Cordero', habría pateado y resistido ante el trato que recibiera de los hombres. Sin embargo, en obediencia al Padre, y por amor a nosotros, no lo hizo así, Filipenses 2:8.

La gente hizo con Él lo que quiso, pero Él, por amor a nosotros, se sometió todo el tiempo. Cuando le injuriaban, no injurió. Cuando sufría, no amenazó. ¡Sin tratar nunca de defender sus derechos, ni devolver golpe por golpe, sin ningún resentimiento o quejas de ninguna clase! Cuando la voluntad del Padre y la malicia de los hombres señalaron el tenebroso Calvario, el manso Cordero inclinó voluntariamente su cabeza en señal de aceptación.

Isaías, al profetizar, le vio: *"como cordero que, llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca"*, Isaías 53:7.

Azotes, injurias, esputos, tirones de barba, la subida al monte Calvario, los clavos en manos y pies, el alzamiento del madero, la profunda herida de lanza, y la sangre derramada, nada de esto habría acontecido si Él no hubiera sido el CORDERO. ¡Todo por pagar el precio de *mi* pecado! Así, no sólo es el Cordero por haber muerto en la cruz, sino que murió en la cruz por ser "el Cordero".

Veamos siempre esta disposición en 'la sangre'; y siempre que la mencionemos, acordémonos de la profunda humildad y de la total entrega del Cordero. Pues esta disposición es la que da a la sangre su maravilloso poder. Hebreos 9:14 enlaza para siempre la sangre de Cristo con la ofrenda de sí mismo a Dios: *"¡cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo!"*

Este es el hecho que le da a la sangre de Cristo su poder con Dios, a favor de los hombres: el *"ofrecerse a sí mismo"*. Es la disposición que ha sido siempre de supremo valor para Dios. Lo que busca por encima de todo es aquella humildad, la semejanza de Cordero, y la entrega de nuestra voluntad a la suya.

Fue para manifestar todo esto, que Dios creó a Adán, el Primer Hombre. Pero Adán, como si se declarara 'autónomo', se negó a andar por aquel sendero de obediencia... Esa negativa es la esencia misma del pecado. Fue para restablecer esa disposición en el hombre que Jesús vino a la tierra. Dios Padre la vio en Él y pudo exclamar: *"¡Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia!"*, Mateo 3:17. Fue en el derramamiento de su sangre que dicha disposición se manifestó tan sublimemente. Por eso Dios la estima preciosa, y por esto es totalmente eficaz para el hombre y su pecado (1ª Pedro 1:19).

LA SEGUNDA PREGUNTA

¿Cómo podemos experimentar todo su poder en nuestras vidas? De seguro, el corazón nos dará la respuesta al mirar al Cordero quien inclina su cabeza en el Calvario por nuestra culpa. Sólo lo experimentamos al tener la misma actitud que le gobernó a Él durante toda su vida: doblando nuestra cerviz con espíritu quebrantado tal como lo hacía Él. Justo como la disposición del Cordero confiere a la sangre su poder, así, solo si estamos dispuestos para participar en la misma naturaleza del Cordero, podremos conocer su pleno poder en nuestras vidas. *Podemos* ser partícipes de su naturaleza porque por su muerte ésta nos ha sido transferida, Filipenses 2:5. Todo el fruto del Espíritu Santo mencionado en Gálatas 5:22-23: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza, ¿qué son sino expresiones de la naturaleza-de-cordero del Señor Jesús, con la que el Espíritu Santo nos quiere llenar? No olvidemos nunca que el Señor Jesús, aunque exaltado al trono de Dios, sigue siendo el Cordero (como nos lo enseña Apocalipsis), y Él quiere reproducirse en nosotros.

¿ESTAMOS DISPUESTOS?

Pero, ¿estamos dispuestos? Lo que hay es un YO duro, inflexible, defensor de sus derechos y resistente a los demás, que necesita ser quebrantado para experimentar la disposición típica de 'cordero', para que así la preciosa sangre lo alcance con su poder purificador. Podemos orar largamente, pidiendo limpieza por cierto pecado y para que la paz sea restaurada en nuestros corazones, pero si no estamos dispuestos a ser quebrantados, respecto al asunto en cuestión, y ser hechos partícipes de la humildad-de-cordero, nada sucederá. Cada pecado que cometemos es el resultado de este indómito YO, que no quiere ceder en su actitud orgullosa. No hallaremos paz por medio de la sangre hasta que estemos dispuestos a destapar el origen de cada pecado, y a cambiar completamente la actitud indebida que lo causó, mediante un arrepentimiento específico, siempre humillante.

No es cuestión de 'tratar de sentir' la humildad de Jesús, más bien, la cuestión es andar en la luz, dispuestos a recibir de Dios lo que Él revele acerca de cualquier pecado que haya en nuestras vidas. Es normal que en este punto Él nos pida cumplir ciertos actos costosos de arrepentimiento y de rendición, y muchas veces acerca de asuntos que nos puedan parecer triviales e insignificantes. Pero su importancia puede apreciarse por lo que le cueste a nuestro orgullo corregirlas. Puede ser que Él nos muestre que hay necesidad de una confesión a determinada persona, o de una 'restitución', Mateo 5:23-24. Es posible que tengamos que achicarnos, cediendo sobre alguna cosa nuestros supuestos derechos. Si Jesús no tenía ningún derecho, ¿lo tendremos nosotros? Él puede, incluso, indicarnos la necesidad de ir a la persona que nos ha hecho mal para confesarle nuestro pecado de "resentimiento", un 'mal' que puede ser mucho peor que lo de él. ¿Tenemos nosotros algún derecho de resentimiento? Él nos llama a ser francos con nuestros amigos para que nos conozcan tal como somos y podamos tener un verdadero compañerismo.

Estos hechos podrán ser humillantes y todo lo contrario de nuestras acostumbradas actitudes de soberbia y egoísmo; pero así experimentaremos el verdadero quebrantamiento y seremos hechos partícipes de la humildad del Cordero. Cada vez que estemos dispuestos a hacerlo, su sangre nos limpiará de todo pecado y andaremos con Dios en vestiduras blancas, y corazones llenos de su preciosa paz.

10 ¿INOCENTES? LA DECADENCIA ESPIRITUAL

Nos hemos acostumbrado tanto, a condenar la soberbia y presuntuosa actitud del fariseo en la parábola de "El Fariseo y el Publicano", Lucas 18:9-14, que difícilmente podemos creer que nos describa a nosotros. Jamás pudo la maestra de escuela dominical mostrar más claramente su propio espíritu farisaico cuando, al terminar la lección de la parábola, dijo:

"Y ahora, queridos niños, démosle gracias a Dios de que nosotros no somos como ese fariseo". Particularmente, cuando Dios quiere humillarnos ante la cruz de Jesús, para mostrarnos los

pecados que en nuestro corazón impiden un avivamiento personal, estamos en peligro de adoptar la actitud del fariseo.

EL CUADRO DIVINO DEL CORAZON HUMANO

Nunca podremos entender el verdadero error de la actitud del fariseo, ni de la nuestra, a no ser que nos examinemos a través de lo que Dios ha dicho acerca del corazón humano.

Jesús dijo: *"...de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre"*, Marcos 7:21-23.

Este mismo cuadro negro del corazón, nos lo describe el apóstol Pablo en Gálatas 5:19-21: *"Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas..."*

¡Qué cuadro! Jeremías 17:9, nos confirma lo mismo:

"Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?"

Es decir, de tal manera se engaña el hombre, que no se reconoce ni a sí mismo. Aquí pues, tenemos el cuadro del corazón humano, del YO caído, del "viejo hombre", tal como lo describe Dios, y como lo llama Pablo en Efesios 4:22; trátase del incrédulo o del más ferviente cristiano. Es difícil creer que estas cosas puedan proceder del corazón de 'ministros del Evangelio', de creyentes completamente dedicados a la obra de Dios, pero así es. La verdad es que lo único bello que posee el creyente es Jesucristo. Dios quiere que reconozcamos este hecho como real en nuestra experiencia, para que, con verdadero quebrantamiento y ansiedad, permitamos que Jesús sea nuestra justicia, santidad, y nuestro todo en todo. Así venceremos, y esto es victoria.

HACIENDO A DIOS MENTIROSO

Ahora, ante la descripción que Dios hace del corazón, podemos entender lo que en realidad hizo el fariseo, cuando dijo: *"Te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros"*. Él quería hacerse pasar por inocente de las mismísimas cosas que Dios dice que moran en todo corazón humano. En realidad, pensaba: "Sin duda, esto es cierto respecto a los demás; y ¡aun este publicano lo está confesando! 'Pero Señor, en ninguna manera esto me toca a mí'."

Al hablar de esta manera estaba haciendo a Dios mentiroso, porque... *"si decimos que no hemos pecado, le hacemos a Él mentiroso..."*, 1ª Juan 1:10. Dios asegura que todos hemos pecado, 1ª Juan 1:8. No obstante, yo creo que el fariseo era sincero al decir esto, pues se creía inocente y atribuía a Dios su supuesta inocencia al decirle: "Te doy gracias". Sin embargo, la Palabra divina le acusaba, aunque él no se daba cuenta. Pero no pensemos que el publicano que golpeaba su pecho y confesaba sus pecados era más pecador que el fariseo. No, sencillamente, había comprendido que lo dicho por Dios era la triste verdad con respecto de sí mismo. No así el fariseo, este sigue creyendo que Dios sólo exige la abstinencia externa de ciertos pecados. No había comprendido todavía que *Dios no mira lo que está delante de sus ojos, sino el corazón*, 1º Samuel 16:7. Dios juzga como adúltero al que mira a una mujer para codiciarla, Mateo 5:27-28; el resentimiento y el odio los considera como homicidio, 1ª Juan 3:15. A la envidia la ve como robo, y a ciertos tratos mezquinos del hogar como serias tretas escandalosas en el mundo mercantil.

¡Cuán a menudo hemos insistido en nuestra inocencia, cuando Dios no solo acusa a otros, sino a nosotros también! ¡Cuántas veces hemos dicho: "Estas son cosas de otros; nada tienen que ver conmigo"! Y, posiblemente, lo hemos dicho con sinceridad. Tal vez hemos subestimado a otros que se han humillado por sus confesiones y por las cosas que han tenido que arreglar en sus vidas. O, quizá nos hemos alegrado sinceramente de que hubiesen sido bendecidos. Pero de ninguna manera hemos sentido la necesidad de ser quebrantados nosotros mismos.

Amados, si creemos que somos inocentes y no tenemos razón para ser quebrantados, no es porque no haya nada, **sino porque lo ignoramos**. Hemos estado viviendo en un mundo de ilusión. Dios siempre dice la verdad con respecto a nosotros, y Él, de una o de otra manera, ve cosas como: egoísmo inconsciente, orgullo, jactancia, celos, resentimiento, impaciencia, reserva, miedo, timidez, deshonestidad, engaño, impureza y concupiscencia. Si no es una de estas cosas que se manifiesta, es otra, a no ser que las hayamos reconocido y confesado, permitiendo que Dios las limpie. Estamos tan preocupados con el daño que otra persona nos haya causado, que no nos damos cuenta de que pecamos contra Él, al no estar dispuestos a recibirlo con la misma mansedumbre y humildad del Cordero. Vemos tan claramente cómo otros buscan sus propios caminos y reclaman sus derechos, e ignoramos que estamos haciendo lo mismo.

Sin embargo, sabemos que algo falta en nuestras vidas. Por alguna razón no tenemos comunión íntima con Dios. No gozamos de frescura espiritual y nuestro servicio no irradia lo sobrenatural. El pecado no reconocido e inconfeso no deja de ser pecado para Dios y, por tanto, nos separa de Él. El pecado puede ser muy pequeño a nuestros ojos, pero Dios nos lo mostrará, si estamos dispuestos a pedirselo.

Hay otro error más en que caemos cuando no estamos dispuestos a reconocer la verdad de lo que Dios dice del corazón humano, y es que no sólo afirmamos nuestra propia inocencia, sino también la de nuestros seres queridos. Detestamos verlos acusados y humillados, y nos apresuramos a defenderlos, no queriendo que confiesen nada. Nuestro mundito de ilusión no solo comprende a nosotros, sino a ellos también, y tememos que se haga pedazos. Pero la verdad es que los estamos defendiendo en contra de Dios, haciéndole a Él mentiroso e impidiendo, como lo hacemos con nosotros mismos, que entren en su bendición. Sólo un hambre profunda de comunión real y verdadera con Dios nos hará estar dispuestos a clamar a Él por su Luz que todo lo revela, y a obedecer cuando la da.

JUSTIFICANDO A DIOS

Veamos ahora al publicano. Teniendo en cuenta todo lo que Dios dice acerca del corazón del hombre, podemos ver que la 'confesión de pecado' de este hombre no hizo más que 'justificar a Dios'. Admitía que Él había dicho la verdad acerca de su vida. Quizás, como el fariseo, no estuviera acostumbrado creer que lo que Dios dice acerca del hombre (en general) tuviera todo que ver con él mismo. Pero el Espíritu Santo le ha mostrado cosas en su vida que comprueban que Dios tiene razón, y este hombre ha quedado quebrantado. No solo justifica a Dios en lo que ha dicho, sin duda lo justifica también respecto a todos los juicios disciplinarios que había traído sobre él. La oración de Nehemías fácilmente habría podido ser la suya. *"Tú eres justo en todo lo que ha venido sobre nosotros; porque rectamente has hecho, mas nosotros hemos hecho lo malo"*, Nehemías 9:33.

Esta es siempre la naturaleza de una confesión genuina de pecado: un verdadero quebrantamiento. Es confesar que mi pecado es *más* que solo un error, una falta o algo ajeno a mi corazón. Pero lo típico nuestro es convencernos que '¡aquello no es típico para mí!', y 'yo no suelo entretener tales pensamientos o hacer tales cosas'.

Más bien, la confesión genuina revela el verdadero YO..., que, sí, **soy** el soberbio, podrido e inmundo individuo que Dios dice que soy: que, sí, mi YO, en realidad, tiene tales pensamientos y hace tales cosas. Con términos semejantes David confesó su pecado al orar: *"Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio"*, Salmo 51:4. Cuando Dios nos convenza de que debemos hacer una confesión, no temamos que eso implique menoscabo para Jesús. Por el contrario, se da gloria a Dios por una confesión que declara que Él tiene razón. De este modo, llegamos a tener una nueva experiencia de la victoria por Cristo, ya que la confesión declara nuevamente que *"en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien..."*, Romanos 7:18.

Esto nos hace desistir de tratar de justificar nuestro incorregible Yo, recibiendo a Jesús como nuestra santidad y su vida como la nuestra.

PAZ Y LIMPIEZA

Pero el publicano, no sólo justificó a Dios, sino que también señaló el sacrificio en el altar, y halló la paz de Él y, por consiguiente, limpieza del pecado. Sus palabras: "*Dios, sé propicio a mí, pecador*", indican, justamente, la única manera conocida por los judíos de 'propiciar' a Dios, que era mediante un sacrificio. Y, con toda probabilidad, el cordero del holocausto diario se ofrecía sobre el altar en el templo a esa misma hora.

Lo mismo sucede con nosotros. Nadie llega al quebrantamiento de forma espontánea, pero Dios le señala al Cordero divino sobre la cruz del Calvario, quien, por el derramamiento de su sangre, quita el pecado. El Dios que de antemano declara lo que somos, provee de antemano el remedio para nuestro pecado. Jesús era el Cordero inmolado por nuestros pecados desde antes de la fundación del mundo, y en Él, quien los llevó mansamente, mis pecados se acaban. Al confesarlos con verdadero quebrantamiento y poner mi confianza en su sangre, se borran y desaparecen. La paz de Dios viene luego a mi corazón, la comunión con Él se restaura inmediatamente, y ando con Él en vestiduras blancas.

Este sencillo camino, de estar dispuestos a justificar a Dios y a ver el poder limpiador de la sangre, trae a nuestro alcance como nunca antes un andar íntimo con Jesús, un constante morar con Él en el lugar santísimo. Mientras andemos con Él en la luz, nos mostrará siempre los principios de lo que le contristaría e impediría el fluir de su vida en nosotros si los dejáramos pasar inadvertidamente. A saber, las cosas que son la expresión de aquel viejo y soberbio **yo**, para el cual Dios reserva solamente el juicio. No debemos declararnos inocentes de lo que Él nos revela, ni en un sólo punto. Más bien debemos estar dispuestos en nuestro diario caminar, a justificarle y a decirle: "Tú tienes la razón, Señor; me has mostrado lo que soy", y a entregárselo para que nos limpie. Al obrar así, hallaremos que su preciosa sangre nos está limpiando de pecado continuamente, la corriente de nuestra vida es sanada desde su nacimiento, y Jesús nos llena constantemente de su Espíritu. Todo esto demanda que seamos seres de espíritu humilde y contrito, es decir, seres dispuestos a que se nos muestre el pecado más mínimo. Porque los tales, dice Dios moran con Él, "*en la altura y la santidad*", Isaías 57:15, y experimentan el avivamiento continuo.

De estas maneras, pues, podemos escoger: declarar nuestra inocencia y vivir sin bendición, secos de alma y alejados de Dios, o justificarle a Él y entrar en la paz, la comunión, y la victoria por la sangre de Jesús.

11 CUARENTA AÑOS DESPUÉS

Esta es una transcripción de tres entrevistas que David Mains le hizo a Roy Hession sobre dos temas: el del **avivamiento**, y el del presente libro de "**EL CAMINO DEL CALVARIO**".

En 1988 fueron grabadas las tres entrevistas y transmitidas por radio.

David: Roy, ¿cuál ha sido su experiencia con el avivamiento personal? ¿Puede compartirla con nosotros?

Roy: Me encanta el tema, y me ha ocupado por muchos años ya. Trabajo en el Evangelio, pero lo que más me interesa es el 'avivamiento' que Dios obra en su Iglesia, y esto significa que yo mismo debo estar 'avivado', teniendo mi propia experiencia de avivamiento... Es experiencia que debe ser continua.

A tiempo completo, tenía campañas evangelísticas – mayormente en el Reino Unido -, algunas muy fructíferas, y mucha gente se entregaba al Señor...

Pero, después de estar "en las cumbres", me encontraba descendiendo... De algún modo perdí

la intimidad del Espíritu Santo, la libertad y el poder que había experimentado antes al estar proclamando el Evangelio. Traté de compensar la carencia de ese poder con mis propios esfuerzos. Pasaba más tiempo en la oración; estudiaba la Biblia con más ahínco, y predicaba de manera más vehemente, pero todo fue en vano. Muy poco yo sabía entonces, pero ese mismo declive estaba haciendo de mí un buen 'candidato' para experimentar más de la 'gracia de Dios'.

Carlos Finney - de otra generación – dijo una vez: "El avivamiento siempre presupone un descenso. Por ende, si un hombre no puede confesar de plano su descenso o decadencia, no es candidato para un avivamiento personal". Yo estaba experimentando esta decadencia, pero aún no estaba dispuesto a admitirlo. Fue entonces cuando Dios envió a Inglaterra a unos obreros de Uganda, Ruanda y Kenia - ingleses y africanos - quienes hicieron el viaje expresamente para compartir con los creyentes del Reino Unido lo que habían estado experimentando y aprendiendo sobre 'avivamiento'.

David: ¿Y ese avivamiento era aquel que estaba ocurriendo allá en África Oriental?

Roy: Sí, de allá vinieron, no para hacer 'turismo' en Gran Bretaña, más bien para compartir entre nosotros lo que habían aprendido en aquel 'avivamiento'. Llevaba más de cincuenta años ya y aún continúa, siendo encabezado mucho más por los mismos africanos; no por los misioneros de fuera.

David: ¿Y qué tuvo que ver aquella visita con usted?

Roy: Bien, tuvo que ver conmigo porque yo los había invitado para compartir y ministrar en un gran 'encuentro evangélico'. Pero, en eso, yo no sospechaba que los 'visitantes' se iban a preocupar más por 'el líder' que por los demás asistentes.

Efectivamente, comenzaron a compartir conmigo ciertos consejos acerca de mi necesidad, por poco que habían podido ver de ella. Recuerdo que uno de ellos me dijo: "Roy, necesitas arrepentirte". Y contesté, "¿De qué necesito arrepentirme?"

Es que, yo, con toda honestidad, no lo sabía... Estaba trabajando tan duro, orando tanto, predicando tan fuerte, y ocupándome de tanto...

Dijeron: "Bueno, no sabemos de qué debes arrepentirte - necesitamos conocerte mejor -, pero podríamos hacerte una sugerencia, un punto para comenzar... Concretamente, ese punto podría ser la relación con tu esposa...

Continuó diciendo: "Ayer, cuando estuvimos por salir con el automóvil, dijiste, 'Compañeros, un momento, debo ir a esa casa para dejar un recado'.

Luego, te vimos hablando allí con una mujer joven, y, por la forma en que le hablabas, no quedó claro si se trataba de tu secretaria o de tu esposa. Te sugerimos que comiences por ahí. Es que, en nuestro caso, el 'avivamiento' comenzó así, en nuestra relación más íntima...; en el matrimonio y en el hogar".

Bien, lo tomé a pecho. Tenía una prédica especial sobre la "vida victoriosa", pero había dejado de funcionar. Y me dije, voy a archivar esta prédica; ya sólo voy a responder de acuerdo a la luz... Y esa luz vino a mostrarme el pecado donde yo no lo había visto antes, y empecé una nueva trayectoria de arrepentimiento; sí, con mi esposa, y con mi actitud hacia ella. Imagínese un hombre tenso; es difícil compartir la Vida con un hombre tenso. Yo necesitaba ver que la culpa *no* era de ella, ni en un asunto, ni en otro. La culpa era toda mía y eso fue lo que comencé a llevar a los pies de Jesús. Yo - conocido predicador en Inglaterra - empecé por una nueva línea, sobre una senda de arrepentimiento, la de llamar "pecado" al pecado. Por supuesto, que eso, a su vez, significaba que tenía que encontrar un 'nuevo' poder en la sangre de Jesucristo para tratar con todas esas cosas que la luz me estaba mostrando en mi vida.

David: Y las trató en una forma muy hermosa en este libro, "El Camino del Calvario", que ha estado circulando por muchos años ya y continúa siendo de ayuda para quienes lo leen.

Gracias por compartirlo en forma tan personal. Hay un cierto sentido en que esta entrevista también sea parte del avivamiento. Dios obra en usted; y usted, a su vez, comparte la experiencia. Así Él puede obrar en los demás.

Al comienzo de su libro, usa el término de "quebrantamiento". Dice que éste es siempre una de las primeras partes del 'avivamiento'. Por favor, defina lo que quiere decir con "quebrantamiento".

Roy: La gran importancia de este término es derivada de las mismas Escrituras, donde ocurre en varios lugares. Por ejemplo, se menciona el "corazón quebrantado y contrito". Pero si omitimos explicar bien lo que significa, tal expresión podría deformarse en un mero clisé. La gente podría tener la impresión de "muchas lágrimas" y "experiencias penosas". Pero no es nada por el estilo; más bien se trata de la 'voluntad'. El 'quebrantamiento' es lo opuesto de endurecimiento. El endurecimiento dice, "es culpa tuya", pero el quebrantamiento dice, "la culpa es mía". Es a duras penas que un hombre tenga la voluntad de asumir la culpa, especialmente cuando profesaba 'su razón' en alta voz.

Cuando Dios gana una batalla en su vida, resulta en que el creyente dice: "Señores (o 'hermanos'), el equivocado soy yo". Ellos también pueden estar equivocados, pero eso no viene al caso. Usted es el equivocado, y a menudo la equivocación de unos es la reacción a la equivocación de los otros. Ellos pueden estar equivocados en sus acciones, pero usted puede estarlo en sus reacciones —de ira, resentimiento, celos, etc. -. No se gana nada confesando los pecados de los demás. Tengo que ser *yo* quien confiese *mis* pecados. El quebrantamiento es cuando yo estoy dispuesto a hacer eso.

David: Su mensaje no ha cambiado en nada. Esto es lo mismo que escribió en su libro de hace años. ¿Pero es el quebrantamiento algo de lo que nos ocupamos de una vez por todas, o permanece como una necesidad constante, día tras día?

Roy: Es una necesidad diaria, según la luz muestre las cosas. La Palabra nos dice que andemos en luz, como Él está en luz. La luz es lo que revela, la oscuridad es lo que oculta. Y cuando la luz de Dios descubre algo que me aflige, algo que me censura, debo decir: "Sí, Señor, tienes razón, yo estoy equivocado".

Esto debe ocurrir constantemente, y según lo haga, la sangre de Jesús me purifica.

David: ¡Maravilloso! Tengo aquí una cita breve de su libro, "El Camino del Calvario". Déjeme leérsela y luego me hace un comentario. Dice así: "Quebrantarse es el comienzo del avivamiento. Es doloroso y humillante, pero es la única manera de obtenerlo."

Un dibujo que vi (similar al que va reproducido aquí), ilustra el asunto del 'YO' - soberbio y autónomo -, que no se quiere rendir por nada, pero que, cuándo se rinde, queda doblado y humillado dentro de la gran 'C' de "CRISTO". ¿Qué quiere decir eso?

Roy: Bien, toda esta respuesta divina de 'quebrantamiento' se dirige a lo que las Escrituras llaman 'obstinación'. **No seáis obstinados.** El término 'obstinar' aparece más de una vez en el Antiguo Testamento.

A un hombre acusado, casi se le puede notar el endurecimiento de la 'cerviz', y casi se le puede oír en su obstinación, diciendo: "Eso no es verdad, usted **no** tiene razón".

Pero cuando al fin dice: "Sí, yo soy culpable", ahí también se le nota la cerviz doblada.

Los hermanos que vinieron de África Oriental trajeron un canto o coro, escrito por uno de ellos:

"Señor, dobla ese arrogante y cuello-erguido YO, haz que incline mi cabeza y muera, Contemplando a Aquel que, en el Calvario, se inclinó por mí."



"**Copas rebosantes**" es una expresión que se volvió popular durante los primeros días del avivamiento en África Oriental. Ese avivamiento, a propósito, sigue sin disminuir, y en una escala aún mayor que antes, aunque hayan tenido que enfrentarse a muchas vicisitudes. Dicha expresión, por supuesto, es tomada del Salmo 23: "Mi copa está rebosando". Se usó, y, a lo mejor, se siga usando, para expresar el gozo y la libertad que le llegan a una persona que acaba de experimentar ese lavamiento y esa purificación con la sangre de Jesucristo.

Quien la usó por primera vez fue un querido amigo mío, José Church. Fue uno de los pioneros del avivamiento y, en una gran conferencia, nos presentó a Jesús en su conversación con la 'samaritana'. Ella estaba con una sed ardiente y Jesús llenó su "copa" de 'agua viva'.

David: Eso se toca también en el capítulo dos, donde vemos con cierto detalle, como Cristo llena la vida de uno..., pero también que Él es impedido si en una vida el pecado sigue siendo acariciado. ¿Es de grandes pecados que usted habla ahí, como adulterio, homicidio, robo...? ¿O, quiere decir, más bien, que son los pecados-de-cada-día, los que pueden impedir que Cristo llene la copa?

Roy: Efectivamente, son los pecados-de-cada-día. Ante los ojos de Dios no hay ninguna diferencia. Y muchos de nuestros pecados no son de acción, sino de reacción. Tal vez la mala acción la cometió otra persona, pero *mi reacción* a ella también fue mala. Celos, por ejemplo, ira, resentimientos — cualquier cosa de este tipo es suficiente para impedir las 'aguas vivas'. Pero si confieso todo eso como 'pecado' — una y otra vez —, la sangre de Jesucristo me limpia.

David: ¿Usted piensa que el cristiano promedio de hoy confiesa regularmente su pecado, o es algo, en cierta forma, extraño para el creyente moderno?

Roy: Bueno, yo era predicador, pero para mí mismo todo eso era algo extraño y no podría haber dicho en esa época, que el arrepentimiento era parte de mi vida cristiana. Por esa razón la sangre de Jesucristo no era para mí tan importante como lo debería ser. Pero ahora, ésta es toda mi esperanza y mi paz, sólo la sangre de Jesús. Y ella sigue siendo mi virtud; nada sino la sangre de Jesús. Así he sido ayudado a vivir llamando las cosas por su nombre y comprobando que hay poder: poder que obra prodigios por la sangre de Jesucristo.

David: Usted habla de 'avivamiento continuo'. Ahora bien, algunos piensan que el avivamiento es algo que sucede en determinado momento de la vida y que después uno puede abrigarse a ese calor de lo que sucedió en días pasados. Pero eso no es así, ¿verdad?

Roy: Efectivamente, debe ser algo continuo. Quiero decir que una cosa que es del pasado, es del pasado y no me afecta en el presente. Pero Jesús está vivo en el presente y su sangre no ha perdido el poder. El movimiento de que estamos hablando es la mayor demostración de "avivamiento continuo". No hace mucho que celebraron su aniversario número 50. No lo llamaron así, pero, sí, ciertas reuniones tuvieron lugar más o menos 50 años después de ese principio, y el avivamiento está avanzando como nunca antes. Eso es por una razón, es decir, porque la sangre no ha perdido su poder, y ellos por su parte, han querido seguir arrepintiéndose. En verdad, tengo amigos que me escribían en el pasado, y terminaban sus cartas con la expresión "tuyo en arrepentimiento y gozo".

David: ¡Maravilloso! Pero volvamos a usted personalmente, Roy. ¿Cuál ha sido su experiencia en cuanto a esa 'copa', la que sigue 'rebosante'?

Roy: Bien, recientemente el Señor me mostró algo que yo no había considerado realmente como pecado. Pero es la forma en que actúa el Señor; Él te muestra algo que resulta ser pecado, siendo, sin embargo, algo que nunca habrías considerado como tal...

He vivido últimamente en un pueblo que está cerca de Plymouth en la costa sur, y he tenido ocasión de reunirme con los hermanos de una iglesia local. Pero, ¿sabes una cosa?, no experimentaba mucha bendición; por ejemplo, no disfrutaba de su forma de cantar. Pero, recién el otro día, el Señor me mostró que, al fondo de todo, había resentimientos... "Tú", me

dijo, "casi siempre has estado al frente, pero ahora, entre estos hermanos, sólo eres un hermano más...".

Algún tiempo después me encontraba preparando un mensaje sobre la parábola que dice que cuando seas invitado a una fiesta, no te sientes en el primer lugar, sino más bien en el último. Y el Señor me dijo: "Ahí está, si hubieras aceptado de buen agrado ese 'último lugar', allí me habrías encontrado. Porque Yo había escogido ese lugar para ti, y tú lo despreciaste...".

A eso lo llamé pecado, lo puse 'bajo la sangre', y encuentro que hay en mi corazón algo nuevo debido a esa experiencia. También me ha puesto sobre la pista de otros pecados en mi vida; es decir, insospechadas formas del 'ego' — y cada una de ellas es pecado —. Pero la sangre de Jesús nunca pierde su poder y es poderosa para llevar de nuevo a alguien-como-yo a la plenitud de la bendición del evangelio de Cristo.

David: Usted Roy, en lo personal, vive de acuerdo con lo que predica, ¿verdad? ¿Alguna vez ha experimentado el avivamiento *más allá* de lo personal, estando en una situación donde muchísima gente haya recibido el 'avivamiento', y donde muchas 'copas' han rebosado?

Roy: Sí, pero tengo mis dudas acerca de llevar una 'cuenta de éxitos'; porque esa es una tendencia que debo reconocer como pecado. Y si pienso demasiado en ello, creo que ahí la efusión terminaría.

Pienso que una de las razones por las que la gente, a menudo, no experimenta ese colmo, es porque busca una experiencia y un éxito. Pero debe bastar con tener-a-Jesús, y en Él todo lo demás.

David: Tengo una pregunta más. Usted hace parecer el tema de 'avivamiento personal' muy simple. ¿Realmente lo es?

Roy: Ciertamente no es complicado y no debiéramos utilizar sino lo que encontramos en las Escrituras. 1ª Juan 1:7 dice: *"Si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado"*.

Ahora bien, en los escritos de Juan, la 'luz' y la 'oscuridad' no son - exactamente - equivalentes del bien y del mal. Por el contrario, **la luz** es simplemente aquello que revela, y **la oscuridad**, es aquello que oculta. **Dios es luz**, y Él lo revela todo — y si andamos en luz diciéndole 'sí', a todo lo que nos revela como pecado, continuaremos en ella.

Si estamos dispuestos a andar en la luz, sencillamente, y decir: "Sí Señor, en ese asunto, Tú tienes la razón, yo estoy equivocado", entonces la sangre de Jesús nos limpiará de todo pecado..., y no podremos estar más de acuerdo con Dios de lo que nos hace la sangre de Jesús, cuando llamamos "pecado" al pecado. Sigue haciendo esto, y seguirás gozando.

David: Roy, usted dice que, si Dios ha de bendecir al lector a través de las páginas de su libro, debe llegar con una profunda hambre de corazón. Debe estar totalmente insatisfecho por el estado de la Iglesia en general, y por su propio estado en particular. ¿Por qué será que el avivamiento comienza, tan a menudo, con este sentido de insatisfacción?

Roy: Bueno, la pregunta casi contiene la respuesta. Es natural que para disfrutar de la comida que tu esposa te ha preparado, debes tener buen apetito. Y tal vez necesitas haber vivido unas cuantas malas experiencias ocasionadas por otros. Así volverás a aquella persona cuya comida ya sabes por experiencia que satisface. De la misma forma, **la gracia** fluye como un río donde millones de personas han sido abastecidas..., pero tú necesitas tener sed para beber; y hambre para comer.

Son los momentos de 'necesidad' cuando experimento su bendición. No soy consciente de bendición cuando (meramente) leo mi Biblia como parte de mi deber durante un tranquilo rato diario. Pero cuando, por el contrario, me siento mal de verdad, jesos son los momentos en que Él se manifiesta! Una y otra vez tengo que decirle: "Señor, necesito decirte algo: no estoy bien espiritualmente". Entonces Él responde, y me anima a contarle todo...

Cuando llego con esa actitud, la gracia de Dios me encuentra. Porque, al admitir mi necesidad, me transformo en candidato para su gracia, la que puede con el pecado y con nuestra culpa. La gracia *no* es recompensa de Dios para el fiel, más bien es su solución perfecta y gratuita para lo que está roto y vacío, para el débil y para el necesitado. Con esa actitud de necesidad total, seré bendecido.

David: Tomemos esa frase: "La gracia me encuentra". Explique lo que quiere decir, para alguien que tal vez no sepa lo que es la gracia.

Roy: La gracia es el inmerecido favor de Dios, y uno no es candidato para recibirla, a menos que *no* la merezca. No puedes estar demasiado bajo ni demasiado equivocado o necesitado. Ahí es donde se glorifica Jesús. Cuando el apóstol estaba en una situación desesperante, el Señor, simplemente, le dijo "¡Bástate mi gracia!" (2ª Corintios 12).

David: Ahora bien, en el capítulo, "¿Inocentes? La Decadencia Espiritual", usted habla del fariseo engreído y del publicano abatido en la parábola de Jesús.

Roy: Sí, eso es lo que todos hacemos en forma natural, nos justificamos. Por lo tanto, no tenemos lugar para la justificación de Dios. Pero Dios justifica — fíjate bien — al injusto y al impío. ¿Has oído contradicción más grande? ¡Dios quien justifica al que es impío e injusto! Aquel que ordena a los jueces terrenales que absuelvan al que es inocente y justo, y que condenen al culpable (Deuteronomio 25:1), Él mismo hace todo lo opuesto. Es como si dijera: "He establecido mi corte de gracia, y absuelvo a los impíos". Declara 'justos' a los que admiten estar equivocados, culpables y condenados por ser pecadores. Al ver eso, nos da un incentivo como nunca habíamos experimentado, de acercarnos al pecador.

David: Entonces, todo lo que forma parte del 'YO' impide el avivamiento, ¿no es cierto? Sea egoísmo, autoesfuerzo, autocompasión, fariseísmo...

Roy: Cierto, todas estas cosas son manifestaciones del YO, o sea, el pecado anida en cada cual.

David: De una u otra manera, 'el hombre' no llega más allá, y queda frustrado en los esfuerzos. Con que, resulta la insatisfacción, que, en este caso, ha de ser algo bueno; pues al estar insatisfechos, aspiramos a algo más, y si esta 'sed' la llevamos a Él, nos llena la 'copa'. Si no tenemos insatisfacciones, no aspiramos a algo mejor.

Roy: Es decir, a mí la palabra "aspirar", en este sentido, no acaba de gustarme, porque da la idea de que uno pueda 'mejorar' por sí mismo. Pero cuando la sensación de vacío e insatisfacción me lleva a Aquel que sacia la sed, entonces Él hace que experimente su Bendición.

David: Aprecio su buena corrección.

El libro del "Camino del Calvario" tiene que ver con el 'avivamiento'. Usted utiliza mucho ese término, sin embargo, no iguala la experiencia personal del avivamiento con una euforia emocional. Quisiera preguntar, entonces, ¿puede el avivamiento ser cosa de las emociones?

Roy: Por supuesto, la vida está llena de emociones, a veces tristes, a veces alegres, a veces se exteriorizan con clamores, y a veces puede haber razones sólidas para hacer así. No es que yo sugiera que la gente grite, sino que, al hacerlo, tengan razones sólidas... Cuando la gracia me muestra que mi virtud es absolutamente inexpugnable ante Dios en la persona de Jesucristo, y que esto me da 'valor' para entrar en el Lugar Santísimo, mediante la sangre de Jesús, y que ya no necesito luchar, esforzarme y afligirme — ¡esto es digno de alabanza! No se trata de una emoción extraña e inexplicable. Nuestro gozo en Cristo tiene razones sólidas.

David: Hablemos un momento de la sangre de Jesús, ya que a menudo usted toca ese punto. No estoy seguro de que la persona promedio esté consciente del valor de la sangre de Cristo en términos del vivir cotidiano. ¿Usted siente que la sangre de Cristo es eficaz, digamos, diariamente?

Roy: Sí, y no creo que me haya hecho una pregunta más importante que esta. ¿Qué queremos decir cuando hablamos de la sangre de Jesús?

Algunos tienen sus reservas cuando oyen predicar sobre este tema. Y cuando se canta con alabanza al Señor por el poder de su sangre, no cantan con entusiasmo, porque no captan el sentido. Algo parecido le pasa a una enfermera, presente por primera vez a una operación; lo más probable es que se desmaye. Pero el creyente se gloria en la cruz y en la sangre de Jesucristo.

Existe un famoso incidente en el Antiguo Testamento, el de la Pascua. El primogénito de cada familia en Egipto muere en cierta noche fatal, excepto en las casas israelitas donde ha sido sacrificado un 'cordero' y donde la sangre es 'untada' sobre la puerta. No sólo tenían que sacrificar el cordero, sino que también tenían que 'aplicar' la sangre, porque Dios había dicho: "Y veré la sangre y pasaré de vosotros" (Éxodo 12:13). Nota que en ese mismo versículo se dice también: "Y la sangre os será por señal". ¿Pero señal de qué?

Lo importante no era la sangre en sí, sino el motivo por el cual era una señal. ¿Qué significaba? Era la señal de ejecución de juicio. Dios dijo: "Pasaré... y heriré a todo primogénito" (12); pero la sangre proclamaba: 'Aquí ya fue sacrificado un cordero'. El juicio que debiera haber caído sobre el primogénito cayó sobre el cordero. No pueden caer dos juicios. Por tanto, la sangre es la señal de 'juicio ya ejecutado'. Así de simple; "la sangre" siempre habla de la obra YA consumada por Cristo. Existe un hermoso himno que dice:

*Jesús, amigo del pecador, nos escondemos en ti,
Dios ya ve tu sangre vertida,
Es ese nuestro único reclamo.
Es la sangre la señal de que el juicio,
Mi merecido castigo, ya se ejecutó.*

David: Amén, y eso es así en nuestra vida cotidiana, ¿verdad?

Roy: ¡Sí, ciertamente! El derramamiento de sangre se hizo una vez por todas, pero quien cree, la rocía por fe, y por fe sabe que está 'cubierto por la sangre'.

David: ¿Sería salirme demasiado del tema si le pregunto por su edad?

Roy: Tengo ochenta años.

David: ¡Ochenta! y este libro fue escrito en 1950. ¡Ya hace mucho tiempo! Usted estaba con confianza y esperanza por lo que Dios estaba haciendo entre su pueblo cuando escribió "El Camino del Calvario". ¿Sigue con esa confianza y esperanza por lo que Dios está haciendo?

Roy: Sí, nunca supe ni pensé que Dios usaría ese libro en la forma en que lo ha hecho. Estoy asombrado. Todo se debe — no al libro — sino a la obra del mismo Señor y al 'hambre' de los santos de Dios. Parecen que ahora están más hambrientos que nunca. Quisiera pasar el resto de mis días ayudando a muchos a regresar a Calvario, a la sangre vertida, a la libertad y al avivamiento.

David: Amén. Y la permanente popularidad del libro es buena señal de que la gente continúa estando dispuesta a escuchar su mensaje, el mensaje de Cristo y su sangre.

Tengo una última pregunta para hacerle. ¿No tiene alguna reflexión que pudiera, en cierta forma, resumir todo lo que hemos venido conversando acerca del avivamiento?

Roy: Bien, en primer lugar, debo comenzar en nivel individual, no con los demás, sino conmigo mismo. Los demás pueden estar equivocados, pero lo mismo me pasa a mí, es decir, probablemente haya alguna equivocación en mis reacciones hacia ellos. Por lo tanto, en todo lo que me concierne a mí, ahí debo comenzar.

En segundo lugar, creo que debo repetir aquello que dijo Carlos Finney: "El avivamiento siempre presupone un 'descenso' (o 'una decadencia')". Esto significa que, quien admite estar hundiéndose, es candidato para 'avivamiento'. O, en otras palabras, cuando crees estar en el 'ascensor' y descubres estar más bien en el 'descensor', ahí puedes cambiar...

Esto tiene que empezar con el reconocimiento de mi necesidad. Me gustaría decir, y en la forma más enérgica, que el 'avivamiento' no es un valle que se vuelve cada vez más verde, sino un valle "lleno de huesos secos" (Ezequiel 37). Los 'huesos' regresan a la vida, y se levantan como un ejército grande en extremo. No se trata de un 'buen creyente' que 'mejora', sino de uno que está dispuesto a confesar: "no soy más que un valle lleno de huesos secos", pero vuelvo a la Vida.

He escuchado a la gente admitirlo - y les ha roto el corazón -: "Soy un valle lleno de huesos secos. Aunque yo haga de 'pastor', tengo que admitir: ¡no soy más que un valle lleno de huesos secos!"

¡Espléndido, hermano! Alaba al Señor, porque te rendiste para confesarlo. El solo hecho de reconocerte como tal es lo que el Señor reconoce y acepta. Le perteneces, con fracasos y todo. Él es 'especialista' en el pecado. Y en Él está la superación. Ocupar ese lugar te hace candidato para 'avivamiento', y no serás defraudado.

Para más lectura provechosa:

"**La Nueva Vida**", por Reginaldo Wallis:

https://ntmu.net/wp-content/uploads/2022/03/La-Nueva-Vida_compressed.pdf

"**Todo por GRACIA**", por Carlos H. Spurgeon:

<https://ntmu.net/pdf/TodoporGracia.pdf>

"**La Tumba Quedó Vacía... ¿Qué Pasó?**", por Juan Valladares:

<https://ntmu.net/pdf/RESUCITADO%20website.pdf>